

- De todas maneras a mi no me gustaría ser como ellos. No conocen nuestra canción de la primavera, con la que saludamos el brote emocionante de la vida, ni nuestra danza con el viento, que nos obsequia el oxígeno, ni el sabroso procedimiento de la fotosíntesis, bajo las caricias del padre Sol, ni la dulce savia que la madre Tierra nos suministra de su amoroso seno; tampoco pueden criar algo tan bello y útil como las flores, cuyas formas y colorido superan a la más fértil imaginación.

- Somos, verdaderamente, los seres privilegiados de la naturaleza. Siento pena por los hombres y su complicada vida. -afirmó el viejo olivo-. Me viene a la memoria, en este momento, algo que también me refirió el compañero aquél. Esos incomprensibles seres han perfeccionado, debido a las dificultades que implica su movilidad y desarraigo del suelo, una aptitud especial: la de inventar cosas para facilitar su actividad; pero lejos de utilizarlas en conseguir un mayor margen de tiempo para disfrutar de la vida, del atractivo entorno donde se hallan, las emplean para destruir, para hacer daño, para matarse ellos mismos.

- ¡Qué horror! -exclamó uno-. Lo que cuentas resulta una pesadilla. Olvidémosla cantando la canción de la lluvia.

Y todos, a coro, entonaron un canto, inaudible para los oídos humanos, pero que las nubes escucharon y correspondieron derramando abundante y transparentes gotas de agua sobre los verdes campos.

SONATA DEL EXTRAÑO VAGABUNDO

I
HOJAS SECAS

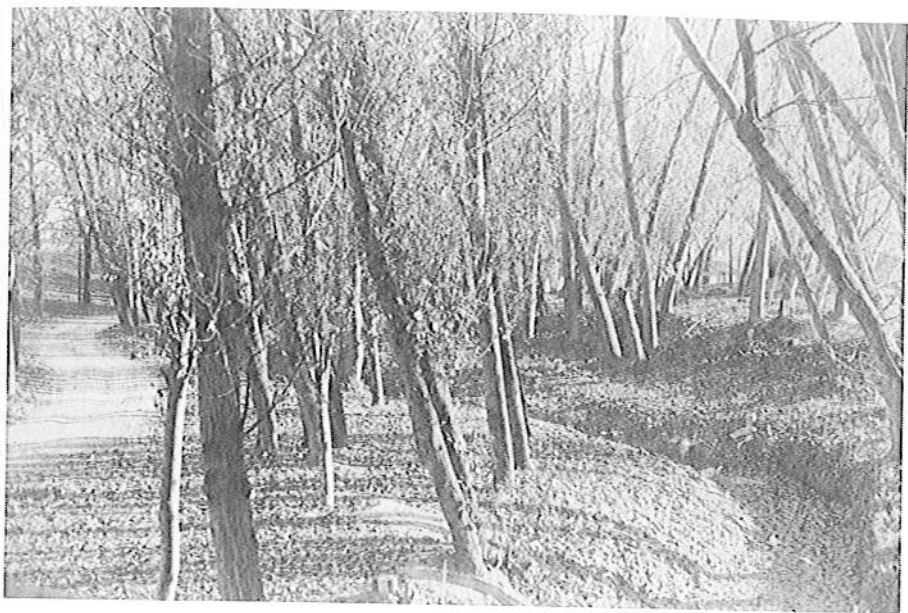
Caen las hojas secas de los árboles. Hojas parduzcas, amarillentas, decoloradas, que descienden hasta el suelo como mariposas muertas. Sobre la tierra húmeda, sobre el albero de las calles y rincones del parque, se van depositando con suavidad y forman una alfombra espesa que cruje, como en un último grito de dolor, bajo los pies del nostálgico paseante.

El viento otoñal, tibio y cargado de humedad, sopla en ráfagas intermitentes; con su impulso, algunas hojas se elevan en agitados remolinos, como si quisieran volver a la rama de la que recibieron savia con vida arrancada de la tierra. Otras se posan en la ondulante superficie del estanque, y flotan, y navegan, como diminutos e improvisados barquitos, sin rumbo fijo ni destino cierto.

Los árboles muestran sus íntimos ramajes, desnudos y descarnados, con pardo rubor. Las caprichosas formas que ahora descubren, esquemáticas y sin adornos, semejan esqueletos de extraños seres que hubieran quedado petrificados a causa de algún extraordinario fenómeno. Es como si la vida hubiese desaparecido, huido para siempre, y sólo quedará la huella de su paso.

La tarde está opaca, cenicienta, como las nubes que cubren el cielo. Comienza a llover y las gotas de agua, al chocar contra las hojas, forman un ruido monótono y melancólico. Huele a tierra mojada, ese olor característico del otoño.

El corazón se siente triste, tal vez por influencia de este aparente fracaso de la naturaleza y de la vida, y una cierta congoja embarga el ánimo.



II EL VAGABUNDO

Nadie conocía su edad. Las barbas entrecanas y sucias cubrían, de existir, las arrugas que pudieran delatar los años. Podían ser setenta, sesenta o, tal vez, dada la agilidad que demostraba cuando el alcohol no le hacía caminar en zigzag y con torpeza, cincuenta. Lo más que se sabía cuando apareció, hace ya mucho tiempo, era su procedencia de una ciudad vecina, y que había heredado una casi derruida casucha, en el barrio alto, donde se acomodó. Ni molestaba ni pedía nada. Deambulaba por las calles, ya avanzada la tarde; llenaba de vino, en cualquier tasca, la cantimplora, que colgaba en bandolera sobre el hombro y, cada cierto tiempo, se acomodaba en cualquier portal para descansar o tomar algún alimento.

Tenía una evidente preferencia por la noche, sin que ésto signifique que eludiera la luz del día. Dependía de la época del año. Su indumentaria casi siempre era la misma: unos roídos pantalones, una chaqueta con abultados bolsillos, llenos de no se sabe que extrañas cosas y, en invierno, unas apollilladas capa y boina.

¿De qué vivía este anacrónico-ser? Parece que cobraba alguna pensión o retiro que, para sus escasas necesidades, debía ser suficiente. Las mínimas adquisiciones que realizaba las pagaba con puntualidad y exactitud, sin regateos ni protestas.

Al principio provocó la curiosidad de la gente, que intentó descubrir sus antecedentes, su vida anterior, sus intimidades. Se averiguó que durante algún

tiempo estuvo empleado y que, sin causa conocida, abandonó el trabajo y desde entonces vagabundeaba por aquí o allá. A cualquier pregunta sobre el tema él sonreía, para unos de forma estúpida, para otros con socarronería, y se encogía de hombros. A lo sumo respondía con un "eso que importa", descomprometido y evasivo. Y, como distraído, canturreaba, o silbaba, un viejo tango -"Caminito"- con lo que ponía fin a la indagación.

No puede decirse que fuera un vagabundo en sentido estricto; su errar sin fin ni objeto no pasaba, generalmente, de los límites de la población, poseía un lugar fijo de residencia y, además, parecía tener solucionado el problema de subsistir. Por su comportamiento, por su especial psicología, por su desprecio a las formas, convencionalismos e ideas sociales, sí que era un extraño ser para quien carecían de importancia la mayor parte de los afanes que mueven a los demás hombres; un ser errabundo que eludía las luchas competitivas y las ambiciones, que evitaba las obligaciones y compromisos, que huía de lazos afectivos y dependencias... Una especie de vagabundo espiritual al que le tenían sin cuidado los esfuerzos materialistas que, como un torbellino, se agitaban a su alrededor.

III LA CIUDAD DORMIDA

Al vagabundo le gusta caminar mientras la ciudad duerme. Con su paso menudo, lento, cansino, recorre las calles en penumbra; calles silenciosas, solitarias, tranquilas, en las que se escucha, de tarde en tarde, el andar apresurado de algún noctámbulo. A veces se detiene y mira en torno, como para cerciorarse de que todo es real, de que la oscuridad no ha efectuado ninguna mutación, ningún escamoteo mágico, y son las mismas vías antes llenas de gente presurosa y atareada y de caótico y ruidoso tráfico.

Su vagar nocturno, sin prisas ni programas, tiene, no obstante, unas preferencias tal vez inconscientes. Siempre visita ciertos rincones y permanece en ellos algunos minutos, mientras bebe de su inseparable cantimplora o enciende, parsimonioso, un arrugado cigarrillo. Son los jardines de San Francisco, con la silueta al fondo del convento; el mercado, junto al viejo castillo y, finalmente, el antiguo Hospital de San Juan de Dios, con su barroca Iglesia en eterna restauración.

La ciudad duerme. El vagabundo se pregunta, en ocasiones, si este sueño es reposado, si tras cada ventana cerrada, no se oculta algún drama, algún suceso doloroso que permanecerá secreto. Le gustaría tener, como aquel pícaro diablo Cojuelo del que hablaba Velez de Guevara, el poder para levantar los techos de las casas y contemplar cuanto allí se oculta: el dormir tranquilo y satisfecho del niño, el insomnio calenturiento del enfermo, la acción falaz del malvado, las cálidas caricias de los furtivos amantes, amparados por la noche...; todos los mil

hechos y sucesos que acontecen entre las paredes de los edificios y que solo los protagonistas conocen. Unos emocionantes y ejemplares, dignos de divulgarse; otros tristes, miserables, crueles, merecedores de castigo...

La ciudad, bajo el cielo estrellado, descansa y tal vez sueña, mientras el vagabundo, cansado ya, camina hacia el refugio de su casi derruida vivienda. Una noche más, pronto un nuevo día, con sus páginas en blanco, que es preciso emborronar, quien sabe si con lágrimas y llanto o con sonrisas y gozos.

IV LLUVIA

Llueve persistentemente. Durante dos días, un cielo bajo y plomizo, deja caer una lluvia intensa y tenaz. El ambiente es húmedo y frío. Por las calles del barrio alto el agua corre clara y ligera. Ráfagas de viento hacen que las gotas se estrellen contra las ventanas con violencia y penetren entre las rotas tejas de las casas, produciendo numerosas goteras. Hace años que no se conocía un temporal así.

El vagabundo ha tenido que colocar en diversos lugares de su mísero albergue, latas vacías, ollas y hasta la desconchada palangana para recoger los chorros que se filtraban de la techumbre. Varias veces se ha visto obligado a cambiar de situación el jergón de vieja lana, para que no se moje.

Al anochecer el viento ha disminuido de intensidad y la lluvia, aunque sin cesar, es más suave y menuda. Entonces ha salido para comprar provisiones. Las calles están desiertas. Refugiándose de portal en portal, atraviesa el centro de la ciudad, por el que apenas transita gente. La noche es desapacible e invita al recogimiento y al calor del hogar. Observa, durante largo rato, como hipnotizado, las leves y apretadas gotitas de agua que, con su luz, desmenuza y hace visible una farola. Desentumece sus pies y toma un trago de reconfortante vino. Junto a él siente un gemido lastimero. Es un perro, también vagabundo y sin dueño, que se ha acomodado en el rincón. Sus ojos, mansos y tristes, le miran como agradeciéndole la compañía o implorando quién sabe qué favor. Saca de sus bolsillos un mendrugo, que el perro recoge al vuelo y come con avidez.

Después, con pausado caminar, regresa. No es ésta noche de vagar por las calles, ni de mirar al cielo, ni de observar un mundo que se presenta estremecido de frío y empapado de una lluvia gélida, de crudo invierno que no cesa.



V REALIDAD

Una noche el vagabundo se sintió enfermo. Primero le invadió un frío intenso, como si un viento polar soplara sobre sus entrañas. Acurrucado bajo un montón de deshilachadas mantas, tiritaba agitado e impotente para contener el castañeteo de sus dientes. Después le acometió una ola de calor pegajoso, agobiante, insoportable, como si estuviese en un horno. El sudor manaba de todos los poros de la piel y era absorbido por la ropa que, al poco tiempo, estaba como si hubiera sido sumergida en agua caliente.

El cansancio le embargaba. Sus ojos, nublada la visión, apenas distinguían los objetos. Las cosas se emborronaban, se diluían en algo confuso, amorfo, desdibujado, irreal; tomaban el aspecto distorsionado, descomunal, contrahecho y alucinante de las pesadillas. Fueron una horas terribles que la soledad hacían más amargas y tristes. Remitida la crisis, todo fue adquiriendo el contorno, la forma y dimensiones cotidianas.

Mientras reposaba en la cama, observando el techo, la mesilla, el espejo, el pobre ajuar, y recordaba los momentos pasados en los que creía estar en un mundo extraño, desconocido y sobrecogedor, le surgió la duda de si lo existente, en verdad, era real. Poco tiempo antes su percepción de las cosas era distinta y, sin embargo, tan evidente como la de ahora. ¿Cómo era posible ésto? La fiebre habría influido, ciertamente, pero, ¿no era probable, también, que otros ojos, otra sensibilidad, vieran de manera distinta? La realidad del universo, así, sería siempre una apreciación personal, no un hecho incuestionable, único e invaria-

ble.

Más aún: la propia situación individual hace que lo real sea diverso, contradictorio e inexistente. Para el excursionista formidablemente equipado y protegido, la cumbre nevada o la helada superficie ártica, son algo grandioso y de belleza incomparable; para el viajero extraviado, sin medios ni abrigo, representan un formidable y gélido infierno. Y así siempre.

La propia vida, para unos, supone una realidad inevitable, sugestiva y maravillosa; para otros, en cambio, dura y dolorosa carga; en ocasiones es fuente de placer, de alegría, de felicidad; a veces un conjunto de males y desengaños sin compensación ni término. Por otra parte, el transcurso del tiempo cambia, corroe y deshace todo; por consiguiente, en cada instante, la realidad es distinta y con frecuencia opuesta al pasado.

Y ocurre, además, dada la brevedad con que la percepción del mundo se realiza y la rapidez con que se consume la existencia de la persona, que muchas veces dudamos de que algo haya ocurrido o de que tuviera consistencia material. ¿Sueña uno que vive y la realidad es sólo un fantasma, un producto de la mente? ¿Será morir un despertar?.

VI PARA QUÉ

Al vagabundo le acontecen las cosas más extrañas e insólitas. Hace unos días, algunos seguidores de un partido político, han tratado de convencerlo para que se una a ellos. Las sorprendentes -para él- razones que alegaban, no podía entenderlas. Le dijeron que debía luchar por la libertad, por romper sus ataduras y cadenas, por conseguir un status- ¿qué sería ésto? - elevado y digno; que no era justa la explotación que padecía, que había llegado la hora de cambiar la sociedad.

Él escuchaba, atento y divertido, todos los argumentos y, después, como siempre, se ha encogido de hombros. ¿Libertad? ¡Si él era el ser más libre del mundo! Nadie le mandaba, ni le exigía horarios rígidos, ni le obligaba a tareas penosas, ni le pedía esfuerzos agobiantes; ningún lazo, ni siquiera afectivo, le unía a nadie ni a nada. Amaba la vida, es cierto, y a las personas, y a los animales, y a las plantas, y a la tierra que le ofrecía apoyo firme; pero era un amor amplio, inespecífico, sin vinculación individualizada.

¿Desear riquezas? El tenía cuanto quería porque, como los gitanos cervantinos, se contentaba con lo que poseía. Sus medios, para él, eran suficientes y colmaban sus deseos; no aspiraba a disponer de esos múltiples juguetes por los que se afana la mayoría, gastando sus energías y sus vidas en tareas duras y absorbentes, que les impedían cosas tan sencillas, bellas y amables, como recibir la cálida caricia del sol, respirar el aire puro del campo, pasear sin prisas ni objeto entre las flores agrestes de escondido camino...

¿Cambiarlo todo? ¿Para qué? Intuía que ello era una utopía, un sueño, una aspiración imposible. Aun cuando alguna vez lo consiguiera, el propio hombre se encargaría de destruir, adulterar y corromper la nueva situación, hasta reincidir de nuevo en la lucha egoísta y competitiva, la acumulación de poder por el más fuerte, marginando a los disidentes o peor dotados... El contenido de esas grandilocuentes palabras como libertad, igualdad, justicia, que tantas lágrimas y sangre han producido, son cuestión personal, actitud del hombre singularizado; una forma de ser y actuar, una capacidad del individuo, que nadie puede imponer ni otorgar...

Él ha sonreído, como hace en estos casos, sin discutir, y ha tarareado su tema melódico, poniendo punto final. ¿Para qué seguir si no llegarían a entenderse?.

VII BUROCRACIA

Nuestra época, cercana ya a un nuevo siglo, tiene sus ventajas. La ciencia y la técnica han creado máquinas e instrumentos que disminuyen el esfuerzo, aumenta la potencia del trabajo, multiplican la producción y hacen más cómoda la forma de vivir. En apenas unas horas, se puede dar la vuelta al mundo y hasta ir a la luna, aunque ella sea mas atractiva contemplada a distancia que pisando su árida superficie.

Pero sin duda también posee sus inconvenientes. Sin entrar en que la eficacia conseguida resulta aplicable a ese juego o deporte, tan característico del hombre, como es la guerra y la destrucción, con lo que se convierte en hecho negativo y nefasto, existen otros aspectos que hacen de este tiempo, en algunos casos, algo absurdo, incómodo e inexplicable.

Para quienes carecen de experiencia o de conocimientos de la complicada organización de una sociedad moderna, sus exigencias pueden parecer alucinantes y paranoicas. A nuestro amigo le ha sucedido algo por el estilo. Un buen día recibe un complicado papel, impecablemente relleno de datos y cifras por ordenador. Después de leerlo y darle vueltas y más vueltas, sin conseguir desentrañar el contenido, se lo enseña a ese amigo sabihondo, que todos tenemos, para que se lo explique. No sin antes soltar una sonora carcajada, éste le dice:

- Es una liquidación de impuestos. Clasifican tu casa como mansión de lujo y tienes que pagar...

Vuelve a reír con convulsiones histéricas y, al fin, tras un hipo nervioso,

suelta una cifra enorme, inaudita, que al vagabundo se le antoja broma. Calmado le recomienda que vaya a la Delegación y aclare el asunto. Al día siguiente, después de acicalarse de forma inhabitual y vestirse con su mejor indumentaria, marcha a la Delegación. Aquel edificio, en cuyos soportales había dormitado alguna vez, le produce inquietud. Tímidamente empuja la puerta de cristal y se detiene, temeroso, ante la imponente figura de un hombre uniformado que le mira entre agresivo y sorprendido. Le enseña el papel y él le indica, con gesto autoritario, una ventanilla.

Allí aguarda paciente en la cola. Cuando llega, tras larga espera, el empleado examina el documento y le pregunta si el ingreso lo hace con talón o en efectivo. Tartamudeando, explica que su vivienda es pequeña y se encuentra casi derruida y que no tiene dinero.

- No puedo perder el tiempo. Vaya a reclamaciones -le dice-.

Recorre, titubeante, los mostradores hasta que encuentra un rótulo, en metal, que reza: Reclamaciones y Recursos. Allí vuelve a explicar, como Dios le da a entender, su problema.

- Debe acreditar su personalidad -le conmina secamente el funcionario. Ante sus perplejidad, le insiste: Tiene que demostrar que usted es usted.

- Pero si yo soy yo -contesta-; todo el mundo lo sabe.

- Nadie es nadie si no tiene un documento que lo asegure.

El vagabundo vacía los bolsillos de papeles y los enseña al del mostrador, que va examinándolos con creciente irritación. Entonces le espeta sin mas:

- Este es asunto de Informática.

- ¿Y quién es esa señora? -inquiere el infeliz.

Al borde del infarto, el probo empleado le señala un lugar al fondo.

Nuevamente allí cuenta su historia a un joven que, sin mirarle, teclea en una máquina de escribir con pantalla de televisión.

- ¿Decía? -pregunta.

El vuelve a repetir la misma cantilena y a mostrar el ya arrugado papel. El joven lo estudia y exclama:

- ¡Imposible! El ordenador no se equivoca; usted posee una vivienda de lujo y le corresponde pagar esa cantidad.

Casi llorando insiste en que su casa es miserable, que no tiene nada más que una mínima pensión, y que con todo el dinero recibido a lo largo de su vida, no podría pagar aquello.

- ¡Imposible! ¡Usted miente!

Otro funcionario se acerca al escuchar la conversación y, en un aparte, indica algo al joven. Discuten. El joven persiste en la imposibilidad de error y el

otro sugiere una comprobación.

- Es perder el tiempo -consiente finalmente-

Manipula con genio en el teclado de una extraña y enorme máquina colocada, como una joya, entre cristales, en cuyas pantallas van apareciendo largas listas de números y nombres.

- ¡Aquí está! -exclama-. Ya lo decía yo...

Se le acerca, triunfante y, con una amabilidad rayana en la agresión, explica:

- No se preocupe, todo está arreglado; pero yo tenía razón; ha sido un fallo de la impresora, que ha estado averiada.

- Muchas gracias - expresa humildemente.

- A mi no; al ordenador.

Y el vagabundo, aun aturdido y confuso, se inclina con respeto ante la máquina, hace un expresivo gesto de agradecimiento y escapa presuroso hacia la calle...

El aire fresco lo devuelve a su cotidiana realidad. Camina, aún trastornado, tarareando su vieja melodía y balbuceando, de vez en cuando:

- ¡Qué cosas ocurren, Señor, que cosas!

VIII ANDALUCÍA UNIVERSAL

Ningún pueblo ha sido tan falseado ni tan incomprendido como el andaluz. Sobre él se han vertido los más ajados y superficiales calificativos, hasta ocultar la fibra de su humanidad, la autenticidad de su alma colectiva. La abundancia de tópicos ha desfigurado la imagen real, de tal forma, que el propio andaluz ha llegado a creerse algunos; y lo que tiene mayor gravedad, ha tratado, en muchas ocasiones, de vivir un rol extraño, artificioso, y de parecerse al retrato en circulación, trucado y de mala calidad, sobre su manera de ser. Así, inconscientemente, facilitó erróneos argumentos y razones a quienes no supieron descubrir, entre los postizos y las hojarascas, la verdad íntima.

Andalucía tiene un concepto, si no trágico, sí triste y desilusionado de la vida; concepto o sentimiento que pretende esconder y olvidar, aunque siempre aflora como impetuoso manantial, imposible de ser cegado. Y esta convicción hace que no otorgue demasiado valor a preocupaciones y actitudes, para otros, importantes. Es lo que confunde y equivoca al observador poco hábil.

El escepticismo, por tanto, es el pecado, o la virtud más significativa y característica del andaluz. Un escepticismo comprensivo y humano a lo Séneca, que no en balde era cordobés; escepticismo de pueblo que ha vivido mucho y sabe de lo vano y transitorio de todo afán.

Andalucía, como encrucijada y asiento de razas diversas y culturas distintas, se ha formado con el sedimento que ha dejado esa mezcla de tan varios componentes. Desde la mítica Tartesos hasta hoy, han cruzado, luchado, y

convivido, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos, árabes, judíos... Era imposible que no dejaran huella profunda. Huella que se descubre en las ideas, en las creencias, en el substrato escondido que nos hace comportarnos de una manera específica y determinada, y ver aspectos, contornos e interioridades, en las cosas que escapan a los demás.

Tales circunstancias han hecho del espíritu de Andalucía un espíritu abierto, cosmopolita, universal, que evita cualquier deforme conciencia etnocéntrica, racista. El andaluz se considera más habitante del mundo que de un pedazo de tierra, pese a ser la suya, antes y ahora, un lugar bello y acogedor. Y, a las gentes foráneas, las contempla como seres cercanos, afines, por los que, tal vez, desde hace siglos, corre algo de la propia sangre... Ello le hace ser afectuoso, amable, cordial; también, aunque parezca contradictorio, individualista. La razón de esto último se encuentra en que, como pueblo viejo, ha adquirido la suficiente experiencia para saber dudar, para comprender que, bajo relucientes envolturas, puede esconderse el vacío, la nada absoluta, o los demoníacos males de la caja de Pandora.

El vagabundo, como andaluz típico, aparte su idiosincrasia particular, no tiene ilusiones excesivas ni deseos desorbitados. Su filosofía se condensa en sentir el fluir cotidiano de la vida en cada instante; o, desde otro punto de vista, percibir el paso lento, inexorable, del tiempo. Y, mientras tanto, saborear las humildes, sencillas, breves, satisfacciones que el presente huidizo, fugaz, inasible, pueda ofrecer.

IX PEQUEÑA HISTORIA DE UN GRAN AMOR

Él, un hombre callado, solitario, esquivo, individualista, desdeñoso con las formas, costumbres y convencionalismos sociales; él, que no había sentido nunca cariño ni odio especiales hacia ninguna persona; que, de sus semejantes, solo esperaba indiferencia u olvido para vivir a su aire; él, que rehuía compañías constantes o habituales, por cuanto podrían crear vínculos afectivos; él, ... ¡quién iba a sospecharlo!, tenía un amor desbordante, inmenso, obsesivo, que no se preocupaba en ocultar ni esconder. Como todo amor auténtico, puro, sólo buscaba el bien de la amada, y un poco, un poquito, de su compañía.

Este amor del vagabundo era una niña de cinco años, vecina de su casa. Los padres, un matrimonio humilde con siete hijos, apenas si podían atender a todos. Por tal causa, la niña pasaba mucho tiempo -casi todo el disponible- con el viejo. Se llamaba Carmencita. Era morena, de ojos castaños y dulces; el rostro, entre angelical y pícaro, estaba adornado de unos hoyuelos muy pronunciados cuando reía.

El viejo le llevaba siempre alguna de esa mil chucherías que tanto ilusionan a los niños. Le contaba esos cuentos que todo el mundo conoce y que ella escuchaba atenta. A veces, la nunca satisfecha curiosidad de la pequeña, le ponía en difíciles aprietos. Esto ocurría cuando la conversación derivaba hacia cuestiones seudofilosóficas, tales como, quién hizo el mundo, cómo veinen los niños, por qué vivía solo o no tenía nenes, para qué son las flores, quien mueve

el sol..., y cosas así.

Sucedió que un día, cuando el vagabundo llegó a su albergue, ya anochecido y con un tormentoso temporal, el barrio estaba revuelto. Mujeres y hombres iban y venían, chillaban, lloraban... Le informaron que Carmencita se había perdido. Los hermanos mayores y unos amigos se la habían llevado de excursión a la sierra. Al producirse, casi repentinamente, la tormenta, cada cual corrió y se resguardó donde pudo, olvidando a la niña. Cuando advirtieron su ausencia, unos la buscaron, sin conseguir encontrarla, otros regresaron para dar la noticia a los padres. Con rapidez se organizó, ente los vecinos, la búsqueda, y hacia arriba marchaba un numeroso grupo, provisto de linternas.

Al conocer el suceso, sintió algo así como un mazazo doloroso en el corazón. Sin dudarle, y sin preocuparse del vendaval y de la lluvia, enderezó sus pasos, tras los demás, hacia el lugar donde se suponía podría estar. Fue largo y pesado el camino, luchando contra el viento y recibiendo el azote del agua torrencial. Era noche cerrada cuando llegaron. Los relámpagos iluminaban, casi sin interrupción, la silueta elevada de la sierra. Allí se dividieron para ascender y buscar en los posibles lugares donde pudiera encontrarse.

Él, que tan bien conocía toda la zona, enderezó sus pasos por trochas y vericuetos, dejándose girones de la ropa entre los matorrales y recibiendo arañazos por todo el cuerpo. Fueron interminables las horas que pasaron, sin resultado alguno. Los gritos llamando a Carmencita, enronquecieron todas las gargantas inútilmente. El temporal arreció de forma cruel y, agotados, tiritando de frío, todos desistieron de proseguir en aquellas condiciones. Todos menos él, que con una resistencia increíble, continuó solo, unas veces subiendo por la empinada y agreste superficie, otras bajando, tropezando y golpeándose con las rocas. Casi no tenía ya voz para llamar a la niña.

Pero la constancia tiene, con frecuencia, un premio. Alboreaba, cuando entre la grieta formada por dos enormes rocas, al intermitente resplandor de los relámpagos, que no cesaban, distinguió el leve cuerpecito. Trabajosamente descendió y, con temblorosa emoción, la cogió entre sus brazos. Aunque estaba inconsciente, sintió junto al suyo el latir del joven corazón, y ésto le colmó de alegría. Por sus barbas, descuidadas, resbalaban lluvia y lágrimas. Empezó el regreso, luchando contra los elementos y acortando distancia por caminos de él bien conocidos.

Cuando llegó al barrio, era ya de día. Un día gris, frío y húmedo. Muy apretada contra sí, para protegerla del viento helado y del agua, llevaba a la pequeña. Aún no se había recobrado. Mostraba unas heridas en la frente y en la cabeza que resultaron, por fortuna, leves. La entregó a los padres y, después de

que el médico asegurara que estaba bien, fue a su cobijo y se acostó. Arropado entre las mantas, musitaba ininteligibles palabras, muy parecidas al quedo murmurar de una oración.



X LA PALABRA

La palabra, según la define cualquier diccionario, es el conjunto articulado de sonidos, o su representación gráfica, que expresan una idea. Pero como toda pretensión de recoger y acotar, en unos límites esquemáticos y escuetos, la esencia de un concepto, tal definición resulta insuficiente y pobre.

La palabra significa y representa mucho más que una simple asociación de sonidos y signos, y puede expresar ideas o sentimientos, o no decir nada, según el tono, la forma o modulación con que se emite o el contexto donde se coloca.

La palabra, ante todo y sobre todo, hay que considerarla un don nunca bastante estimado y valorado de la especie; un regalo precioso y único que ha supuesto, para el hombre, la superioridad sobre los demás seres vivos. A través de ella se manifiesta la inteligencia y, al propio tiempo, se perfecciona. De nada serviría inteligencia sin capacidad de comunicación -objetivo de la palabra-; lo mismo que sería inútil y estúpido el instrumento, la facultad de comunicar, si no existiera nada que exponer.

Inteligencia, sentimiento, palabra: he aquí la trilogía que transforma, la compleja materia viviente, en persona. Y es la palabra, precisamente, la que establece el puente entre el sí mismo, infranqueable sin ella, y los otros; el nexo que une, el vehículo que transporta el universo interior individual, hacia el exterior, poniéndolo en contacto y haciéndolo partícipe de los semejantes, del mundo en torno.

¡La palabra! ¡Don divino, maravilloso y espléndido! Mediante ella

recibimos saberes y experiencias; con ella nos llegan los afectos de quienes nos estiman y nos importan; en ella enviamos, o nos envían, el emocionante mensaje del más hermoso, sugestivo e inefable de los sentimientos, como es el amor; por ella percibimos la belleza y la emoción incomparables de la poesía...

El vagabundo, como toda persona callada, es un enamorado de la palabra. De la palabra y no de la palabrería. Le gusta escuchar con atención, entender los variados matices de lo que se dice. Se entusiasma con una frase bonita, o cuando muestra un espíritu noble. Contrariamente, le repele la expresión soez, chabacana, torpe, cruel; tiene verdadero horror a la maledicencia, a la difamación, a la mentira. Para bajezas y maldades así -piensa-, no ha sido creada la palabra.

XI DIOS

-¿Quién es Dios? ¿Dónde está?, -le preguntó un día Carmencita.

El viejo vagabundo, sorprendido y perplejo, se rascó la cabeza dubitativo. Meditó unos momentos y no halló la respuesta convincente.

La niña, con esa terquedad obsesiva de los pocos años, insistió en su pregunta y él, con habilidad, soslayó el tema mostrándole un juguete que había encontrado.

Pero aquella noche, mientras paseaba por la desierta plaza del Coso, mirando una luna llena que parecía posarse en la antigua torre, recordó la pregunta. Y le dió vueltas y más vueltas.

La verdad es que nunca se había planteado esta clase de cuestiones. ¿Dios?... ¿Existía?... El mundo, desde luego, era tan complejo y difícil que alguien debió pensarlo. Eso estaba claro. Lo que ya no resultaba tan evidente era el para qué.

Esta forma de indagar sobre el objetivo de las cosas, la había aprendido de un humorista sabio y triste. Inquirir el para qué de algo tiene la facultad, o la virtud, de destruir falsas ideas y convencionalismos.

¿Para que había sido creado el mundo? ¿Para gozar de la vida?... Entonces, ¿qué justificación tienen el dolor y la muerte?... La respuesta, sincera y acertada, es imposible.

Su trascendental reflexión terminó, como siempre que no comprendía un

asunto, con un encogerse de hombros y silbando su melodía favorita. Una forma, como otra cualquiera, de eludir preocupaciones.

Cuando al día siguiente, tal vez por pura casualidad, la niña volvió a plantear la misma interrogante, el no dudó en responder:

-Quién sea Dios, no lo sé; pero dónde se encuentras, sí: en tí.



XII VIERNES SANTO

Madrugada. Un frío vientecillo entumece el cuerpo y hace oscilar las leves llamas de las velas. Resguardado en un portal, frente a la capilla, aguarda la salida del Nazareno. Un enorme gentío llena todas las calles que confluyen a la pequeña placita. De pronto, tras dar las seis campanadas el viejo reloj municipal, que suenan nítidas en el silencio, se apagan las luces y aparece, en la oscuridad, la efigie triste, maltrecha y acongojada de Jesús. Hay como un estremecimiento colectivo. Después, un murmullo indefinible de la multitud aterida. Una voz ronca deja escapar el llanto, apenas contenido, de una saeta, que busca clavarse en quién sabe qué corazón...

Él contempla el paso de la procesión, que parece deslizarse sobre el río humano que se agolpa junto a ella. Pero el clímax emocional ha descendido y deja paso al espectáculo. Por el Occidente se perciben ya los primeros resplandores del alba. Ve como todos se alejan y termina por quedar solo, en la ya vacía plaza. No sabe por qué, pero siente como una angustia dentro de sí.

Mientras camina, por apartadas callejas, le saltan mil contradictorios pensamientos. ¿Cómo puede el hombre, ahora, exaltar a quién destruyó? ¿Cómo puede creer en un mensaje y no seguirlo? ¿Cómo puede hacer votos de fe que desmienten sus actos? ¿Es todo teatro, farsa, fingimiento?. A él le parece evidente que esta increíble criatura humana es el más irracional de todos los seres. Destruye lo noble, lo bello, lo bueno, unas veces por egoísmos inconfesa-

bles, otras por envidias y estulticia sin posibles disculpas; y luego, cuando el mal no tiene remedio, cuando los hechos son irreversibles, clama por lo destruido, por el ideal que significaba... Y lejos de seguir la senda señalada, la enseñanza recibida, se queda simplemente con el recuerdo del suceso -lo pasajero-, sin apoderarse de la idea que lo motivó y sin darle a ésta cálida y emocionada vida... Resbala por la superficie y se deja cegar por lo externo; también, rememorando la exterioridad, pretende acallar la conciencia y ahogar el desgarrado grito que pugna por brotar de lo más hondo del alma, cuando verdaderamente hay alma...

XIII ESTRELLAS

Este año nos visita un enigmático viajero: el cometa Halley. Cada 76 años reaparece, no sabemos si para comprobar como marcha la locura humana, asentada en este pequeño globo perdido en el espacio, o para no dejar en mal lugar a los sabios que han calculado su trayectoria. Lo cierto es que su puntualidad resulta ejemplar.

La expectación suscitada, en el gran público, ha sido mínima. Ya nadie se asombra ni admira por nada; el hombre parece estar de vuelta de todo. Su interés sólo se dispara hacia cosas cercanas, muy determinadas y concretas, sin ninguna relación con el cielo.

Después de oír, en la taberna, una conversación y de ver en el televisor unos dibujos sobre el cometa, le ha picado la curiosidad. Como hacía una noche clara, despejada, y la temperatura, aunque fresca, era soportable, se ha dirigido a las afueras para observar sin dificultad. Con paso leve y seguro, ha subido hasta la cumbre de un próximo cerro. La ciudad ha quedado abajo, envuelta en silencio y resplandeciente de luz. Descansa, sentado en un peñasco, echa un trago y mira a las estrellas. Aquellos puntitos luminosos, situados sin orden aparente, no son algo desconocido para él. Ha dormido tantas veces al aire libre, cara al firmamento, que por su posición sabe la hora con una exactitud increíble. Se acomoda mejor, parsimonioso, y nuevamente otea el horizonte, buscando el extraño visitante. Nada anormal observa. Sus ojos recorren toda la bóveda sin encontrarlo. Decepcionado, piensa que tal vez sea temprano, o que no pueda

verlo sin el auxilio de unos anteojos. Después, como siempre que se enfrenta a lo inevitable, se encoge de hombros, en un gesto de sumisión y conformidad.

Se encuentra a gusto, resguardado del viento, escuchando el lejano y apenas perceptible ruido de la ciudad, que subraya y destaca el silencio. La luna ha comenzado a asomar su pálido disco por detrás de unas montañas. Pero su atención se centra en las estrellas, que adornan la negrura de la noche. Recuerda que algunas son soles como el nuestro, o más grandes; que las distancias que nos separan resultan inconcebibles; que hay millones y millones y que en torno a cada una, pueden existir otros mundos. ¿Habrá también vida?... ¿Tendrá, de haberla, semejanza con la nuestra?... Y lo que acaba por sobrecogerlo y aturdirlo, al no hallar explicación convincente, ¿para qué toda esa inmensidad, esa variedad, ese gigantismo...? ¿Para que el hombre deje de creerse el centro del universo?... Y, ¿para qué nace, vive, sufre, goza y muere este raro ser humano?

Sacude la cabeza para ahuyentar preocupaciones y termina diciéndose que no vale la pena inquietarse con cosas tan complicadas. Las estrellas, esas espléndidas y brillantes joyas, están allí, en el cielo, para hacer hermosa, atractiva, sugerente, la noche; para que el hombre, al dirigir hacia arriba su mirada, no encuentre sólo un abismal vacío y sueñe con otros mundos, con otra vida, que le consuele de su cansancio y de su tristeza; para que se sienta acompañado en su solitario viaje, a través del tiempo y del espacio, rumbo a un ignorado destino...

XIV CAMINOS

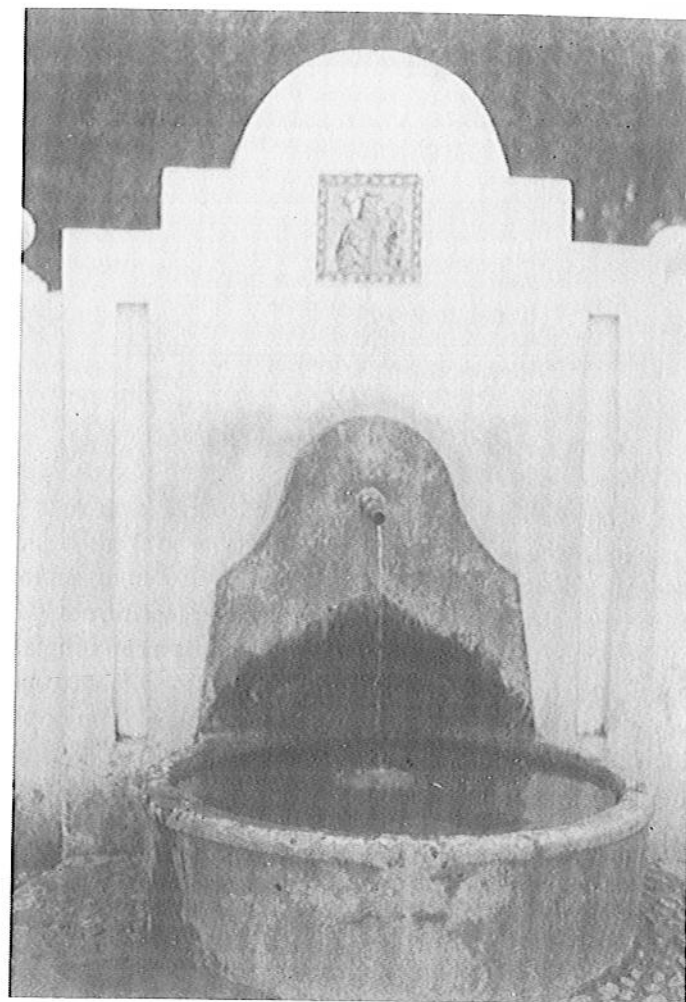
Todo camino nos sugiere siempre un punto de destino. Por él se llega a algún sitio o hasta un cierto lugar. Y son aquel sitio o este lugar, los que le dan sentido y justifican su existencia. No parece racional un camino que no lleve a ninguna parte. El poeta dijo que se hace al andar; y, ciertamente, la andadura endurece la tierra y compacta el firme, a causa de la frecuencia con que se transita; pero tal frecuencia sólo se explica cuando hay un interés, un deseo de ir hacia lo que se encuentra a su término, a la meta final.

A veces confluyen, se cruzan, dos o tres caminos. Para quien desconoce a dónde se dirige cada uno, este nudo que forman es como una inquietante interrogación del difícil respuesta. ¿Cual será el mejor? ¿Cual nos guiará hasta el sitio al que pretendemos arribar? ¿Qué encontraremos si seguimos éste, ése o alguno de aquéllos otros?... ¿Estarán allí la felicidad, esa aspiración nunca alcanzada, el anhelado descanso para el esfuerzo agotador, el rincón de paz y belleza que nos sosieguen? ¿Nos esperará, al acabar, el amor que nuestro corazón deseaba con desesperada impaciencia?

La vida es como un cruce laberíntico de múltiples vías y opciones. Solo que no podemos detenernos ni sentarnos, frente a ellas, pensando la que vamos a escoger. Hay que elegir casi instintivamente, si es que las circunstancias no nos empujan hacia determinada dirección; y seguir, seguir siempre, siempre, sin posible retorno... El tiempo nos arrastra con violencia y apenas si podemos mirar atrás... Y ocurre que, la mayor parte de las veces, nos damos cuenta, o tenemos

la sensación de que hemos tomado el camino equivocado, el que nos aleja del ideal apetecido y del objetivo soñado; que cada centímetro recorrido nos va distanciando de aquello que, con magnetismo emocionante, hacía vibrar nuestra alma esperanzada... ¡Adiós ilusiones, cada vez más apartadas e inasequibles! ¡Adiós vida personal, agotada en un caminar inútil y sin atractivo!

Pero..., si la elección hubiera sido otra, ¿habíamos acertado?. ¿Existe, acaso, un camino que conduzca a ese lugar dónde los deseos se alcanzan, el amor se consigue, la felicidad fluye y se derrama sobre nosotros, como un manantial inagotable?.



XV
LA NOCHE

Hay algo de mágico en la noche. Su oscuridad, unas veces densa, impenetrable, como la de un abismo sin límites, propicia las acciones malvadas, despierta los instintos perversos, provoca miedo invencible, angustioso, ante imaginarios y terroríficos peligros, al tiempo que recuerda aquelarres de satánicas brujas, sigilos de criminales siniestros, monstruos espantosos al acecho del niño asustado e indefenso; otras, en cambio, esta oscuridad se hace tenue, difusa, transparente como velo nupcial, y con la luz de las estrellas o de la luna solitaria, todo adquiere un vago y sugestivo relieve y se transforma en bello paisaje apenas dibujado, que invita al sueño romántico, a la aventura amorosa, a las caricias furtivas, a la poesía...

Hay algo de mágico en la noche. De magia negra y blanca. Sólo en la negrura espesa de la noche es concebible la acción sórdida y sangrienta de Lady Macbeth y los tenebrosos relatos de E. Allan Poe; sólo en la noche clara y estrellada podrían ocurrir sucesos tan extraordinarios como que Titania, la reina de la hadas, se enamorara de un simple y estúpido mortal con cabeza de asno; sólo en noche de hermosa luna son posibles las mil diabluras de un espíritu tan burlón y travieso como Puck, y los dulces encuentros de Romeo y Julieta, y los cálidos amores de Melibea y Calixto...

¡Noche mágica! Todo calla, todo duerme. El ruido ha desaparecido y puede oírse la bella sinfonía del silencio, cuyas notas nadie ha sido capaz de transcribir ni aprehender. En ella se percibe el palpito de la vida que reposa, el

inaudible tintineo cristalino de los rayos de luna al chocar con el suelo, el rumor de los besos del agua entre los sauces, el gemido leve de la tierra, horadada por el tallo que emerge de sus entrañas, y que será más tarde flor y fruto...

¡Noche mágica, encantada y encantadora, que prestas a todo lo creado una sugestión y misterio que nos atrae, nos seduce y nos estremece!

XVI EN EL HUERTO

Ocurrió en el huerto. En él habían hermosos almendros y magníficos naranjos que, llegada la época, se cubrían de bellísimas flores y apetitosos frutos. También existía un viejo árbol de retorcido tronco y hojas verdinegras. Como no daba ni frutos ni flores, sus compañeros lo despreciaban y se refan de él, diciéndole, en el lenguaje mímico de sus ramas movidas por el viento:

-¿Qué gracia es la tuya? No te adornas con flores ni produces frutos; tus hojas son feas y ásperas; tu cuerpo corcovado... Pareces un pordiosero cubierto de andrajos y carroña. Eres la vergüenza del huerto.

-Mira, -dijo el más próximo-, ¿ves esta blanca flor de azahar...? Pues pronto se habrá convertido en dorada naranja de sabor exquisito.

- Anda -le conminó otro-, muéstranos tus habilidades.

-Yo no sé hacer nada -replicó el mísero-; Dios no me enseñó; pero os admiro y ...

-Déjale, -dijo un orgulloso almendro-; alguien viene y es mejor que no nos vea de charla con él. Todavía hay clases.

Y todos apartaron sus ramas, para que ni siquiera rozaran las del pobrecito.

El árbol se encontraba aislado y triste. En lo más íntimo, clamaba al cielo para que le concediera alguna particular "habilidad". Pero sus deseos no se cumplían.

Una mañana, al sacudir sus hojas llenas de rocío, después del profundo sueño de la noche, sintió una aguda punzada en la base del tronco. Miró hacia ella

y observó una especie de costra que cubría un gran pedazo de su corteza. Un estremecimiento de horror invadió todo su ser. Los árboles saben muy bien lo que, para ellos, significa tal enfermedad. Es como una lepra que se extiende y, poco a poco, va comiendo vida. Y ellos son impotentes para vencer el mal; sólo el hombre, con sus superiores medios, puede curarlos.

.....
Por un extraño azar, sobre aquella herida, sobre aquella madera putrefacta, al cabo de algún tiempo, germinó una pequeña florecita, de rojos pétalos, a la que nutrían los despojos del enfermo. Este, al principio, la miró asombrado. Más tarde, a medida que crecía, aumentando su belleza, fue familiarizándose con ella, hasta tal extremo, que llegó a quererla como cosa propia, como a un impensado hijo que el destino le hubiera deparado. Tanta locura y amor brotaron en su corazón por la florecilla, que dió por bien perdida su vida infecunda, solitaria e inútil. Ya no se avergonzaba ante los demás compañeros del huerto. La mostró, orgulloso, a todos. Ninguno de ellos era capaz de engendrar una flor tan hermosa, tan elegante, tan atractiva, de tan incomparable colorido. Y ésto le hacía sentirse, por primera vez, feliz, muy feliz, aunque supusiera la muerte.

Se enternecía al verla, ágil, flexible, inclinarse hasta la tierra, a impulsos del viento, y erguirse después, con femenina delicadeza, como quien ejecuta una maravillosa danza. Sonreía cuando, después de algún aguacero, ella se miraba, coqueta, en el móvil e improvisado espejo de algún charco. Para que el padre Sol le diera el vital calor de sus caricias, apartaba sus ramas y hojas.

Un día, el naranjo más próximo, le gritó:

-¡El hombre viene! ¡Estás salvado!

-¡Estás salvado! ¡Estás salvado! -gritaban todos.

Él, lejos de alegrarse, se entristeció. La pequeña flor le miraba ansiosa. Uno de los dos tenía que morir.

El hombre se acercaba a paso lento, examinando los árboles uno por uno. Cuando hubo llegado hasta el enfermo, éste, con disimulo, dejó caer unas cuantas hojas, que cubrieron la zona atacada por el mal. El hombre realizó el examen sin encontrar nada anormal, y se marchó.

Todos sus compañeros, atónitos, estupefactos, inquirieron:

-¿Por qué lo has hecho? ¡Morirás! ¡Morirás!

Y unos a otros se repetían:

-¡Morirá! ¡Morirá!

La florecilla lo miró dulcemente y, después, como para besarle, se inclinó hacia él.

Poco tiempo pasó. En un día de viento huracanado, el árbol cayó con estrépito sobre la tierra húmeda. Pero la flor continuaba erguida, graciosa, exhalando un perfume intenso que se extendió por todo el huerto, y que parecía salir del montón de madera carcomida en que se había convertido el árbol. Los demás, ayudados por el hermano viento, rociaron su cuerpo caído, sin vida, con sus flores, en blanca y olorosa mortaja.

XVII LA MUJER

Después de haber escuchado, muy atenta, la extraña historia del árbol sin habilidades, Carmencita preguntó, con esa ingenua y seria profundidad de los niños:

- La flor, entonces, ¿era hija del árbol?
- Pues sí..., creo que sí.
- Y tú, ¿hubieras hecho lo mismo?

Mirándola con fijeza, y tratando de encontrar las palabras apropiadas, respondió:

- Si la flor hubieras sido tú, desde luego.

La niña quedó pensativa. Hubo un largo silencio en el que ambos se miraron como si, a través de los ojos, quisieran llegar al fondo del alma de cada uno.

- ¿Por qué no tienes niños? -inquirió, por fin, la pequeña.

Él, sin contestar, se encogió de hombros. Sería muy complicado explicarle las circunstancias de su juventud y madurez. Y desvió la atención de la niña hacia otras cosas, para evitar más preguntas.

Pero en su mente quedó, dando vueltas, la interrogación. Y aquella noche, de forma obsesiva, le mantuvo despierto largas horas. Penosos recuerdos, que creía definitivamente olvidados, volvían a su memoria.

Sí que le hubiera gustado tener hijos; hijos de ella, de aquella mujer que hoy, todavía, recordaba con emoción y nostalgia; de aquella mujer que se le

aparecía, en sus noches de fría soledad, de soledad densa y angustiada, envuelta en el encanto de la lejanía, de lo imposible; que perduraba en su memoria eternamente joven, atractiva, seductora...

Su gran secreto, la tragedia de su vida, la causa de su forma de actuar y existir, fue ella. No la culpaba porque nunca llegó a saber el sentimiento que inspiraba. Para él se transformó en un sueño inalcanzable y, como tal sueño, en algo irreal que no se materializaría nunca. Aunque sí intentó vivir de él y con él, renunciando a todo lo demás. Vivió de ensueños, de fantasías, en una isla invisible a la que nadie logró arribar...

Muchas veces pensó qué habría ocurrido de lograr unirse a ella. Tal vez, como en tantas parejas, el transcurso de los años hubiera acabado por carcomer, o ahuyentar, el encanto y el amor. No acertaba a imaginársela madura, vieja, arrugada... Menos aún, como algunas conocidas, irritable, agria, frustrada... ¡Que gran destructor de ilusiones, de almas, resulta el tiempo implacable!. Pero, también, ¡que fascinante en ocasiones!... Sobre todo cuando el vigor de la juventud se halla en toda su plenitud.

Aunque él enderezó sus pasos por caminos absurdos, comprendía, no obstante, la importancia de las relaciones hombre-mujer. Intuía -ya que carecía de experiencia-, la agradable sensación de compartir deseos, aspiraciones y hasta lágrimas; de encontrarse acompañado en los gozos y en las desgracias. Y, sobre todo, el sentimiento inexpresable de tener hijos, de cuidarlos, de protegerlos...

Pero, a veces, la sensibilidad excesiva, impide una vida normal. La fuerza del ideal, su magnética intensidad, obstaculiza el desarrollo y la evolución por cauces ordinarios, cuando la timidez no puede superarse. Su sueño de mujer le hizo quemar la existencia inútilmente, sin objetivo ni meta hacia los que dirigirse. Después de un largo periodo de íntimas vivencias y ensoñaciones, se convirtió en un ser para quien la vida significaba sólo un accidente biológico, vegetativo, cuya limitada duración había que pasarla con las mínimas complicaciones..

Pero en el fondo de su corazón y a pesar de estas consideraciones que intentaban justificar una frustración efectiva, quedaba siempre un poso ácido, amargo y desconsolado. Porque la mujer, en la vida del hombre -en la suya también- representa una necesidad indeclinable, por la enorme carga de sugestión, de ternura, de fascinación, que imprime al proyecto de vida en común; y porque, más tarde, evita esa situación difícil e insoportable de la soledad; de soledad siempre pesada, angustiada, triste, fría, con frialdad de yerma, helada y desértica estepa, sin fin ni horizonte...

XVIII SÍ MISMO

Algunas buenas personas, y entre ellas una que hacia honor a su nombre -Prudencio-, director de una institución acogedora de marginados, habían tratado de convencerle para que abandonara su forma de vivir. Vano empeño. Escuchó, muy educado, argumentos y razones; visitó el establecimiento y elogió la labor que realizaban, pero se negó terca y rotundamente.

- ¿Por qué? -le preguntaron

- No sé -decía-; me gusta vivir así.

Quizá creyeron que temía perder su libertad. Y no era eso. El se sentía libre hasta dentro de una estrecha jaula. La libertad no es tanto falta de obstáculos para moverse, hacer o no hacer lo que venga en gana, como una peculiar facultad del espíritu por cuya virtud uno piensa, siente, ama u odia por propia iniciativa y voluntad, y no a causa de influencias o instigaciones de otros. No, no iba por ahí la negativa del vagabundo. Tenía otras motivaciones, que ni el mismo acertaba a concretar de manera clara. Algo así como una incómoda sensación de quedar desnudo ante una multitud, si compartía techo, comida y ocio.

Había pasado tantos años solo, que convivir de forma estrecha con otros le parecía una pérdida de porciones de su individualidad, de sus más escondidas vivencias... No era ningún misántropo. Quería al mundo entero, deseaba el bien para todos los seres, gozaba con el bienestar, la suerte y la felicidad ajenos; en su alma no había lugar ni para la envidia ni para el odio... Pero a distancia. El era él y su intimidad -su circunstancia, que diría Ortega-, y no estaba dispuesto a

perderla. Buena o mala, sabia a torpe, formaba parte de ese sí mismo desconocido para los otros hombres y que él evitaba mostrar o exponer a la luz pública. En parte por cierto pudor, en parte por la ingenua pretensión de conservar íntegra su vida personal, sin intromisiones ni miradas curiosas. Aún reconociendo su poca valía; aún consciente de su inútil y distorsionadora existencia en una compleja organización social, que se mueve por las ideas del practicismo, la eficacia, la utilidad y la ambición...

XIX FIESTA

¡Fiesta! ¡En la primavera! noche de mayo, la ciudad se ha adornado de luces -arcos, estrellas, guirnaldas- y refulge, vista desde lejos, como una joya. Por las calles del centro urbano, la heterogénea muchedumbre de visitantes y vecinos, como una riada, lo invade todo. Con dificultad se mueven en torno a la procesión que avanza, con lentitud y parsimonia, hacia el templo.

Ya en la cercanía de la Plaza Mayor, próxima la medianoche, el bullicio arrastra al vagabundo, sin que pueda escabullirse ni apartarse. La plaza se encuentra llena de público y repleta de cohetes dispuestos para ser disparados. Los mira con cierta inquietud y, aunque pretende escapar a lugares menos comprometidos, la barahúnda de gente le impide el paso. Cuando la imagen de la Patrona, vestida de rojo y blanco, sobre un trono de flores, se encuentra en el centro, las luces se apagan y millares de cohetes, casi simultáneamente, se elevan al oscuro cielo y se convierten en artificiales estrellas, en luminosas palmeras, en extraños ovnis de colorines, que explotan con ensordecedor ruido; las bengalas, como fuentes de fuego, lanzan chorros candentes, blancos, rojos, azules... La multitud se dispersa, no se sabe cómo, refugiándose bajo los naranjos, en los portales, en las esquinas, protegiendo sus cabezas y sus oídos de las explosiones de la cohetería que, durante largos minutos, con su tronar violento, hieren los tímpanos... Una nube de humo y un intenso olor a pólvora se extiende por toda la plaza.

El vagabundo, empujado, pisoteado, golpeado, consigue al fin zafarse del

gentío y se oculta en un rincón. Pasado el estruendo y restablecida la normalidad, endereza sus pasos lentos hacia el barrio, por las calles más solitarias, eludiendo la concurrencia. Y piensa, mientras camina, sobre el significado de la fiestas.

La causa puede ser religiosa, como ahora, o de otro tipo. Pero lo que le produce cierta perplejidad, es como un tan gran número de personas -muchas de las cuales no son creyentes-, se suma y une al regocijo general. Cierto que la alegría contagia y prende con rapidez en todos los ánimos. Pero él cree percibir un sentido más oculto en el hecho. Parece que el hombre -este ser tan raro y enigmático-, tuviera la imperiosa necesidad, en algunas ocasiones, de olvidarse de sí mismo, de aturdirse, de embriagarse con la exterioridad, incluso utilizando como medio una alegría programada y a plazo fijo; algo así como irse de vacaciones de la propia persona y olvidar los problemas, las zozobras, las tristezas y las angustias íntimas por unos días...

XX AMOR

En los atardeceres de los últimos y calurosos días de la primavera, el parque se llena de parejas juveniles. Él observa que, aún cuando prefieren los apartados rincones y la discreta penumbra, no por ello se reprimen en lugares mas visibles. Algunas se encuentran tan unidas que parecen un solo cuerpo. Sonríe bonachón y se apoya en la barandilla del estanque. Los patos van y vienen por las aguas turbias y verdosas. Pero apenas si le distraen.

Piensa. Piensa en el amor. ¿Será simple instinto y deseo de placer? No lo cree. Por lo pronto hay muchas clases de amores. No es comparable el de esas parejas y el que siente por Carmencita o por los amigos.

Amor. Rememora años de juventud. También él sintió la sacudida, el chispazo electrizante y paralizador del enamoramiento. ¿Era aquello amor? ¿Era instinto? ¿Era una mezcla de ambos?

Alguna vez había leído -cuando prestaba atención a tales cosas-, que la vida utiliza extraordinarios y sutiles mecanismos para perpetuarse, para no desaparecer. Y una de estas trampas era el amor, resultado final de un complejo proceso donde el instinto animal primario se sublima y transforma en espléndido y hermoso sentimiento, distante y distinto de aquél y, a la vez, tan semejante y próximo que puede llegar a confundirse. ¿Paradoja? ¿Absurdo?... Toda la vida es paradójica, absurda, inexplicable, contradictoria... Ingredientes que la convierten, precisamente, en atractiva, amable, bella, trágica...

¡Amor! Fascinación, encanto, enajenación. ¡Quién pudiera mantener,

eternamente encendido, su fuego sagrado, la fuerza de su magnetismo, la locura emocionante de escaparse de uno mismo para sumergirse en otro ser! ¡Quién pudiera, hasta el final de los tiempos, contemplar el mundo reflejado en unos ojos cercanos y de anhelante y cálida mirada!

XXI EL SOLITARIO

Hacía años que no veía a su amigo. Era un tipo excéntrico e imprevisible. Desaparecía sin dejar huella, sin que nadie supiera donde estaba, y reaparecía de improviso, como el Guadiana, cuando ya casi había sido olvidado.

El vagabundo lo apreciaba. Tenían muchas afinidades, bastantes cosas y aficiones en común. Menos la de hablar. Era el otro quien hacía el gasto, el que usaba y abusaba de la palabra sin cesar; de él manaban, como de una fuente, historias, sucesos, ideas, anécdotas, exclamaciones, tacos, maldiciones y, muy rara vez alabanzas, de manera continua, ininterrumpida, sin dejar al compañero decir algo. También era poeta y, en esos momentos indefinibles en que el ánimo aspira a escapar de lo cotidiano, de la realidad y casi de la materia, recitaba poemas o improvisaba con una facilidad envidiable.

Al reconocerse, después de tanto tiempo, se abrazaron y ninguno sintió vergüenza porque unas lágrimas afloraran a sus ojos. Después marcharon juntos y charlaron horas y horas. El amigo poeta había viajado mucho: un sueño materializado tras larga maduración, gracias a los ahorros que una bien administrada economía le había permitido.

La expresión fluida del amigo, le hizo ver los campos de Castilla, la ruta del Quijote, recorrida como Azorín; el Madrid castizo y trepidante, el París bohemio, el Londres de las finanzas, la Ginebra de las Convenciones internacionales, la romántica Venecia, la Roma eterna y mundana, historia y museo, la Florencia medieval y renacentista...

Tras una pausa prolongada, para descansar de la narración y del recuerdo, cuando pasaba ya la medianoche, y con una entonación un tanto triste y confidencial, le confesó algo que asombró al vagabundo:

- Como tú, soy un solitario patológico e irrecuperable. Me asusta y cohibe la multitud. Entre la muchedumbre abigarrada que te apretuja y arrastra indiferente, me siento angustiosamente solo y desamparado, desarmado y débil. No existe soledad, para mí, más densa y terrible que la de una gran ciudad, donde te encuentras rodeado de gente extraña y desconocida, que pasa junto a tí sin verte y sin que le importes un ápice. Es un paradójico desierto, lleno de anónimos seres, a los que separan insalvables corazas o abismos, no percibidos por el observador superficial.

Hay un largo silencio, que rompe, al fin, diciendo:

- Pero, después de todo, resulta consolador pensar que Dios también es un solitario, el Gran Solitario. Se esconde o permanece lejano al mundo, a la creación. Quizá vigila desde algún lugar o atalaya desconocidos; o se recoge en el más pequeño y recóndito rincón... ¿Quién podrá saberlo? Algún día dijo que creó el universo para sentirse acompañado. Yo le he buscado muchas veces, sobre todo en mi juventud, cuando siempre se exigen, con impaciencia, respuestas; respuestas que nadie va a dar porque están dentro de uno mismo, en el propio deseo de cada persona. Este hecho se encuentra implícito en esta poesía, que hace tiempo compuse:

Busco un cielo, allá en el cielo,
clavando insistente la mirada,
con ansias de amores infinitos
y de paz en el alma.

Mas por el cielo azul y grande
vaga perdida y angustiada,
esa mirada que allá busca
una luz, una esperanza.

Miro hacia abajo, hacia la tierra,
-erial de pasiones desatadas-
y solo encuentro la incurable
locura humana.

¿Dónde estás, Señor, que no te encuentro?

¿Dónde, oh Dios, tan oculto te hallas,
que ni en el cielo, ni en la tierra, veo
tu presencia amada?

Al sentirlo sin Ti, todo vacío,

lleno de dudas y desesperanzas,
vuelvo los ojos, ciegos sin tu luz,
al fondo de mi alma.
Y ya en íntimo recogimiento,
con una paz tranquila y sosegada,
-¡Oh milagro del amor!- dentro de mí,
siento lo que buscaba.
Porque estás, mi Dios, aquí, conmigo,
en lo más hondo de mi propia alma,
y al mirarte en mí, los dos a solas,
mi corazón se abrasa.

XXII ELECCIONES

La de este año ha sido una primavera muy especial, pues además de cumplir su obligación de vestir con verdes hojas los desnudos árboles de nuestro paseos y jardines, ha cubierto de multicolores carteles las vallas, esquinas y paredones de viejos edificios, con generosa profusión.

-¿Qué opinas tú -preguntó el poeta- de todas esas ofertas electorales?.

El vagabundo, como siempre, se encoge de hombros, en expresiva y muda manifestación de indiferencia.

- Ya se que a tí, como a mí, no te preocupa gran cosa esta contienda. Yo también pienso que, según los programas, todos van a beneficiarnos y a conseguir hacer, del nuestro, un país de utopía. Desgraciadamente, cualquiera que logre la mayoría para gobernar, o para creer que gobierna, la realidad, las circunstancias y los problemas a resolver, harán que todas las promesas, con buena suerte, queden en un humilde ir tirando, que ya es bastante. ¿No has pensado, alguna vez, en lo ilusorio que resulta creerse dueño del propio destino por el simple hecho de depositar en las urnas unos papelitos?. Hay algo de juego infantil en ello, de inocente magia.

Sonríe y, como para sí, continúa:

-Alguien que nos escuche, sobre todo si pertenece a esa extensa gama de exaltados o intoxicados políticos, creará que somos unos fachas o carcas, como se dice ahora. Nosotros que encarnamos la casi plena libertad... Yo he meditado, en ocasiones, sobre las formas de organización política, que representan el nudo

gordiano de la cuestión. Y, asómbtrate, ya Polibio, en la antigüedad clásica, había observado cómo existían unos ciclos que se repetían periódicamente: democracia, demagogia, anarquía, tiranía... En el fondo de todo ello se encuentran dos grandes y opuestas apetencias humanas: dominar o tener poder sobre otros y escapar de ese poder o dominio. Para compensar esas tendencias antagónicas, nacieron las constituciones y los Estados modernos, basados en la división de poderes. El padre de la teoría fue Montesquieu o, mejor, Locke, de quien se inspiró aquél. Pero, la verdad sea dicha, tal división casi nunca alcanza su pureza y existen una influencia evidente del ejecutivo sobre los demás. Esto sin entrar en el análisis de ideologías que, como el fascismo o el marxismo, -hijas por la derecha y por la izquierda del mismo padre, Hegel-, cuestionan la democracia en aras del todopoderoso Estado. ¿Te aburro?...¿No...? Para mí tengo que el hombre es un extraño ser inconformista. Afortunadamente. Pronto siente tedio o cansancio de todo y busca el cambio. Incluso la libertad, ese ideal por el que se ha derramado tanta sangre sin saber, con certeza, su naturaleza, acaba por cansarle. Y renuncia a ella por comodidad, por huir de responsabilidades; no se explica de otra forma la subida al poder del nazismo. Pero son hechos pasados y no merece la pena recordarlos. Estamos en primavera y nuestros políticos nos ofrecen un futuro atractivo. Somos libres porque podemos decirles sí, no o pasar olímpicamente del rito de votar... Pero aquí me asaltan estúpidas dudas... ¿Consiste la libertad en un a cosa tan simple y sencilla...? Me inclino a creer, más bien, que la verdadera libertad sólo podremos alcanzarla cuando el hombre consiga, por fin, liberarse del dominio, de la esclavitud, de su más feroz enemigo: él mismo.

XXIII POESÍA

Mucho, mucho tiempo, ha permanecido con su amigo el poeta. Las horas han pasado ligeras, rápidas, sin que se dieran cuenta. Ocurre así cuando la compañía agrada y la conversación interesa. Y aunque él, la verdad sea dicha, ha intervenido poco, sí que ha escuchado atento, casi absorto y embebido, las palabras que fluían, inagotables, del otro. Todos los temas, divinos y humanos, fueron tocados con mayor o menor extensión, en un monólogo apenas interrumpido. Pero, sobre todo, ha hablado de poesía, su eterna devoción, con palabras que al vagabundo le han parecido emocionantes y bellas. Y ha recitado poemas de todas las épocas y de los más diversos autores.

Ciertamente él no entiende gran cosa de cuanto ha oído. Pero su fina percepción musical le ha hecho comprender, por la sonoridad de las composiciones, por la rítmica cadencia con que se enlazaban las palabras, que aquello tenía una gran belleza. Y, lo más extraordinario aún, que las ideas expresadas, los sentimientos descritos, también poseían una especie de melodía y una misteriosa fuerza de penetración en el corazón y en la mente, capaces de provocar un hondo estremecimiento, una inefable sensación en el alma, donde quedaba grabada como al fuego, a la vez que dejaban un extraño y mágico regusto, difícil de olvidar.

Cuando, ya cerca de la madrugada, se acomodó bajo las sábanas, seguían revoloteando por la memoria, en danza interminable, versos sueltos que suscitaban mil distintas emociones... "¡Que descansada vida..." , alejados de estúpidos

afanes y en fecunda y creadora soledad, "ni envidiados ni envidiosos"... "No me envíes mensajero que no sabe decirme lo que quiero"... que no sabe consolarme de angustiada e insufrible ausencia... "Aguda espina dorada"...clávate, punzante, de nuevo en mí corazón petrificado para que así, aunque con dolor y sangre, vuelva a sentirlo..."Poesía..., eres tú", tus ojos, tu mirada dulce y triste, tú presencia cálida, sin la que el mundo queda vacío, helado, desierto...

XXIV TERRORISMO

En la televisión ha visto las imágenes sangrientas de un atentado terrorista. Y durante toda la tarde no ha conseguido olvidar el suceso, ni se ha borrado de su mente la escena trágica, captada y transmitida tal vez con morbosa minuciosidad.

Echado sobre el camastro, se le aparecen una y otra vez, de forma obsesiva, los detalles. Le traen recuerdos lejanos de la guerra; pero, sobre todo, le sobrecoge y le anonada porque no encuentra razón válida que justifique, aún de manera mínima, el hecho. Las víctimas son personas normales, sin ningún relieve o cargo de responsabilidad e influencia; incluso hay un muchachito de unos once años.

¿Cómo puede nadie, en su sano juicio, cometer una acción así? ¿Qué atrocidad ha atrofiado la mente de los asesinos? ¿Qué odio, resentimiento o maldad anidan en el corazón perturbado de esos seres, capaces de segar vidas inocentes, aprovechando la sorpresa, la fácil huida y el cobarde e impune anonimato?

Para el vagabundo, que siente un amoroso respeto por la vida, es inexplicable que alguien, con fría y alevosa premeditación, la destruya. No existe causa, como no sea la propia defensa, que pueda inducir a matar. Mucho menos si las motivaciones que se alegan buscan una sociedad mejor; porque no existen objetivos de nobleza, ni ideales de perfección, que exijan la crueldad sin límites necesaria para cometer crímenes, pues entonces perderían aquellas cualidades que incitan a alcanzarlos... Un fin bueno y deseable, no puede servirse de medios

viles y malvados.

¿Qué piensan esos enloquecidos terroristas? ¿Qué buscan, en verdad, si es que buscan algo? El mundo no es perfecto, cierto; tampoco, por desgracia, es justo. Pero la búsqueda de la justicia, el deseo de modificar la sociedad, no deben realizarse cometiendo más injusticias ni hiriendo a inocentes, a seres que, seguramente, padecen sobre sus carnes y sus almas los defectos que se intentan corregir.

Nadie puede erigirse en dueño y señor de la existencia ajena. Sólo Dios, o la naturaleza, disponen de facultades para señalar el término o prolongación de la vida. Y bastante incertidumbre implica este hecho para que se añada, también, la provocada por unos asesinos tras los cuales, tal vez, se esconde el sucio, estremecedor y macabro negocio del crimen.

XXV NOCTURNO EN LA CUMBRE

Medianoche. La luna aún no ha salido por el horizonte y la explanada, frente a la ermita, se encuentra cubierta de sombras densas, que apenas rasga la leve luz que escapa por las rejas de la puerta de entrada. Él, que conoce bien todo aquello, se ha acomodado sobre unas peñas, cara al Sur. Desde allí se divisa, abajo, lejanas, como contempladas en inmóvil vuelo, las luces de algunos cortijos y de las diseminadas viviendas de la llanura, en las proximidades de la fuente de Aras. Semejan endebles velitas encendidas al pie de la sierra, que el suave viento de la noche puede apagar en cualquier momento. Más distantes, como conjuntos o cúmulos los estelares, el brillo de algunos pueblos limítrofes que duermen.

Serenidad, quietud, silencio. Sobre todo silencio, que nada ni nadie puede romper. Invade al ánimo un plácido sosiego. Desaparecen preocupaciones, temores, deseos. Ni el propio cuerpo se siente, como si se hubiese desprendido de la materia; sólo el palpitar incansable del corazón recuerda que existe.

¡Qué agradable paz! Envuelto en la oscuridad, sin ningún ruido que perturbe ni distraiga la atención, el pensamiento actúa libre y ágil. Las cosas tienen otra perspectiva, dimensión distinta. En aquella tranquila paz, unas pierden la importancia que en situación normal parecían tener; otras, en cambio, adquieren relieve, volumen, consistencia jamás sospechados. Afanes, decepciones rencillas, amarguras... ¿Qué sentido poseen aquí? Como hijas de una estúpida lucha competitiva, cuya meta de felicidad se halla en sobresalir, poseer

o provocar la envidia, carecen de objetivo en un lugar apartado, sumergidos en las sombras, sin nadie a quien deslumbrar, solos, invisibles a miradas ajenas, como si el mundo entero hubiese desaparecido... En cambio, cuánta magnitud alcanzan pequeñeces apenas valoradas, casi pudorosamente ocultas en su sencillez y humildad, como la sensación inefable de sentir el pulso de la vida, recibir la caricia del aire puro de la altura, saberse limpio de culpas, tener consciencia de ser querido por alguien que espera el regreso con impaciencia...; recordar, en la oscuridad, el brillo de unos ojos, más hermosos que estrellas, que en alguna ocasión nos miraron estremecidos y cálidos...

XXVI FUGACIDAD

*"Todo se acaba y todo viene al suelo,
que apenas dello la memoria queda..."*

L. Barahona de Soto

Nada hay permanente, estable, duradero, en la vida. Y esta percepción de lo perecedero, breve y fugaz de todo, hace que al ánimo, en ocasiones, le invada desesperanza, tristeza, ante la impotencia para escapar a ésa inviolable ley, que con implacable y tenaz constancia, va deshaciendo y destruyendo, pausadamente, hasta lo que creíamos más sólido y fuerte.

- Odio los espejos -le dijo un día el poeta- porque reflejan una imagen mía desgastada, decadente, arrugada... Nada queda en ella, en apariencia, de aquél, que fui. Desapareció para siempre la tersura de la piel, la fortaleza del cuerpo, la viveza y la agilidad de los músculos... Sobrecoje pensar como, en pocos años, en apenas unas millonésimas de segundo, medidas en tiempo cósmico, se extingue un ser para quien, la muerte, parecía algo lejano, distante, y se encuentra con que, de pronto, siente su proximidad, lóbrega y helada, sin que pueda huir ni interponer barrera alguna para detenerla. Angustiado, entonces, comprueba como todos aquellos proyectos vitales que dieron lugar a emocionadas ilusiones, a quehaceres penosos y atrayentes, a gozos y lágrimas, han quedado en su mayor parte inacabados y sin iniciar... Y tal vez porque no se comenzaron o están inconclusos, estos proyectos adquieren una singular importancia y sugestión, de

tal forma intensas, que nos parecen los mejores, los más bellos y deseables... Se apodera, así, de nuestra alma, una amarga sensación de fracaso, de frustración... Nace, en lo más íntimo, una inútil rebeldía contra lo inevitable, contra el correr desbocado de las horas, que consumen nuestras energías e impiden alcanzar aquellas metas soñadas o las alejan con cruel aceleración...

-Hoy tienes un mal día -le interrumpe el vagabundo-. Piensa, sin embargo, que alguna razón debe haber para que todo ocurra así.

El poeta calla y, durante varios minutos, cavila silencioso.

-Como siempre, aciertas. Quizás sea bueno que todo se acabe y todo venga al suelo, como cantaba el paisano Barahona de Soto; porque si pese a la certeza de la brevedad de la existencia, el comportamiento del hombre es tan egoísta y estúpido como si fuera eterno, ¿qué no haría en el caso de una considerable duración de su vida?... Asusta pensarlo. En verdad están bien las cosas de esta manera. Nos obligan a la humildad, a tomar consciencia de que somos mínimas partículas que se queman con rapidez, y que todas nuestras obras, por grandiosas y resistentes que sean, terminan por sucumbir, deshacerse y borrarse, inexorablemente, de la memoria... Aunque ello, por desgracia, no impide ni evita el sentimiento de angustia, la congoja que nos atenaza, que nos estremece, al comprender nuestra pequeñez y fugacidad.

XXVII COMPORTAMIENTO

"Siempre deberíamos vivir como si nos vieses..."
SÉNECA. *Cartas a Lucilio*

El trío inseparable que formaron, durante algún tiempo, la niña y los dos amigos, hacía sonreír a mucha gente. Y, la verdad sea dicha, con cierta razón. Grupo tan extraño, compuesto por seres tan distintos, no podía menos que suscitar la curiosidad y la sorpresa. El desaliño y descuido del vagabundo, la elegancia y compostura, arcaica y "demodé" del poeta, producían un contraste insólito y llamativo; y, como la guinda del pastel, la pequeña, traviesa y juguetona, pletórica de vitalidad. Mas como la reiteración hace el hábito y la costumbre, todo el mundo terminó por verlos con normalidad; si acaso, calificaban de chiflados a los dos hombres, con una especie de condescendiente comprensión.

Una de esas tardes cálidas del estío, declinante ya el sol, llegó Carmencita seria y compungida a la reunión. Sentada junto a sus amigos, permaneció silenciosa, bajos los ojos. Ellos la miraron sorprendidos y como no decía nada, le preguntaron qué le ocurría. Con voz quebrada, próxima a romperse en sollozos, les explicó que su madre le había reñido y terminó preguntando, mientras corrían silenciosas lágrimas por sus mejillas, de qué manera tenía que comportarse.

El vagabundo limpió, con cariño, sus lágrimas y el poeta, que se rascaba

la barbilla en un gesto involuntario de preocupación, comentó después:

-Interesante y compleja cuestión la que plantea Carmencita: nuestro comportamiento, nuestra forma de actuar con los demás. Son tantas las circunstancias en las que podemos encontrarnos y tan diversos y distintos los seres humanos, que la convivencia, en ocasiones, resulta conflictiva y difícil. A lo largo de la Historia se han creado normas de relación, con muy variable fortuna. Puede decirse que disciplinas como el Derecho y la Moral, han surgido para ello; incluso las creencias, las religiones, entre otras motivaciones, tienen también este fin.

-Perdona -interrumpe el otro- a mi me parece sencilla la respuesta.

-No es tan sencilla, no -replica-; existen factores externos a la persona que complican el modo de comportarse. Tú eres incapaz de hacer daño a nadie y esto es una virtud; pero en situación de guerra, como obligado combatiente, tu deber será herir o matar. Y puede dar lugar, el no hacerlo, a un daño mayor... Sin embargo, en términos generales y en el acontecer cotidiano, tienes razón. Nuestro gran compatriota, Séneca, lo dijo hace muchos siglos y su voz resuena aún, a través del tiempo, con la fuerza de una sabiduría eterna:... "siempre deberíamos vivir como si nos vieses..." Así, como si unos ojos con capacidad para atravesar las paredes, la oscuridad, los más escondidos rincones, contemplaran nuestros actos. Porque la inteligencia del hombre, salvo casos patológicos, sabe distinguir el bien del mal. Y procura, para eludir el castigo o simplemente la vergüenza del hecho indigno, realizarlo de forma clandestina, secreta, lejos de miradas acusadoras. Por ello, para esquivar tentaciones, Séneca propone que nos imaginemos que alguien nos ve... Pero todavía profundiza más con certera agudeza. Los actos son reflejo de las ideas, de los deseos, de la intención, en definitiva; es en el pensamiento donde se gesta la acción falaz, el engaño vil... Por eso añade: "siempre deberíamos pensar como si alguien pudiese asomarse a nuestro interior"...

XXVIII CUENTO DE UNA NOCHE DE VERANO

Puck es un duendecillo malicioso, burlón y travieso, a quien le divierte enredar, confundir y crear situaciones equívocas o disparatadas. Lo mismo coloca una cabeza de asno sobre los hombros de cualquier conspicuo mortal, como suelta ratones en la cursi reunión de respetables y sosas damas; lo mismo provoca un ataque de hipo a la tiple, que hincha sus generosos pechos en el recital benéfico, que descose le tensa costura de los pantalones del orondo político, en el momento culminante de su discurso. Le gusta inventar sorpresas, hecho ridículos que, con su inesperado acontecer, rompen el protocolo, las formas y la seriedad estúpidos, provocando la risa o la perplejidad.

Una de esas cálidas noches de verano, con espléndida luna iluminando el paisaje, cuando todo el mundo dormía con las ventanas de par en par, para aprovechar el más leve soplo de viento, Puck roció sobre toda la ciudad una especie de filtro mágico, que fue aspirado con avidez por los sudorosos habitantes. Y amaneció, y la gente se puso en actividad, y fue aquél un día distinto, memorable y extraño.

Ocurrió que, sin saber la causa, sin explicarse el fenómeno y sin que nadie pudiera impedirlo, pese a que se esforzaban para ello, todas las personas decían lo que pensaban, fuera no conveniente y oportuno. No sabían mentir ni guardar las reglas nacidas de la hipocresía social

Cuando el gordo e influyente banquero que, como los reactores, dejaba tras sí impoluta nube de humo del enorme y aromático habano, llegó a su

despacho, el ordenanza la saludó riendo:

-Buenos días, Don Cerdo; a ver cuando revienta.

Desorbitados los ojos y echando espumarajos entró y, al tropezarse con su mejor cliente, el multimillonario, con la mirada cargada de rencor, se encaró con él:

-¿Qué hay, ladronzuelo? ¿Cómo es posible que gane más dinero que yo?... Traficando con drogas, claro...

.....

Los invitados se habían situado junto al pasillo central de la iglesia, para ver mejor a los novios. Estos, a su paso, levantaban comentarios jocosos como "¡que fea es la tia!", o "menuda cara la del novio".

En el momento de la ceremonia, cuando el oficiante preguntó si la quería por esposa, el joven sin poder reprimirse, casi gritó: ¡que remedio! ¡Si no fuera por el dinero que tiene cualquiera cargaba con ella!

.....

Doña Clotilde, la viuda ejemplar y ricachona, se arrodilló en el confesionario. El adormilado don Matías brincó asustado del asiento cuando ella le soltó, sin poderse contener, esta confesión:

- Mi marido era un fante fanfarrón y falso Tenorio que, de hombre, tenía sólo la fachada. Yo estaba desesperada y me quedé en la gloria cuando murió.

-¡Doña Clotilde!

- Además, me tenía sedienta... Y así sigo... Lo que de verdad me gusta, y por eso odio a la juventud, es irme de discotecas y revolcarme con un buen mozo en cualquier sembrado...

- ¿Pues sabe una cosa? -confesó a su vez don Matías-; usted me cae gorda y si aguanto sus estupideces es por la miserable pasta que alguna vez suelta.

.....

El local se encontraba abarrotado de seguidores. El famoso político, saludando efusivamente, inició el acto electoral. Con voz potente, segura, habituado como estaba al público, comenzó el discurso:

- Imbéciles ciudadanos: Sois un ignorante rebaño de ovejas que me importáis un pepino. Lo que yo quiero es vuestra admiración sumisa y boba, mangonear de forma vitalicia, pescar, veranear en un pazo gallego, establecer el derecho de pernada y colocar, por si acaso, la mayor cantidad posible de dólares

en Suiza.

.....

Llegó la noche. La gente, aunque nerviosa y tensa, quedó sumida en profundo sueño. El encantamiento, el suceso mágico que había provocado el filtro de Puck, desapareció. Y amaneció, de nuevo, el mismo día.

-¡Buenos días, don Claudio! Tiene usted un aspecto excelente -saludó el amable ordenanza. Y don Claudio, extremoso, abrazó a su amigo el millonario... Y el novio, sonriente, dijo: "sí, quiero"... Y doña Clotilde, una vez más, afirmó su amor inextinguible al esposo difunto... Y el político, abriendo sus brazos, aseguró que estaba allí para servir y sacrificarse por sus compatriotas, aunque le fuera en el empeño la propia vida...

XXIX HIPOCRESÍA SOCIAL

- Tú y yo somos dos tipos arcaicos y anómalos; algo así como notas desafinadas en exquisito concierto, que hace al público embebido removearse, malhumorado, en el asiento, o soltar estridente carcajada; una especie de sarpullido que no reviste peligro, pero que resulta molesto e incómodo, por la comezón que causa en una sociedad presuntuosa y falsamente perfeccionista. Tu forma de vida, dando de lado a los convencionalismos, a las costumbres en vigor, y sin otorgar importancia a todo lo que constituye el afán desaforado y la preocupación constante del mundo actual; tu comportamiento de mero espectador desapasionado, tal vez indiferente, que vagabundea por las ideas, las cosas y, en gran medida, por las personas, sin que ninguna de ellas te atraiga, seduzca o sea capaz de arrastrarte al torbellino en el que giran y giran, en infernal círculo sin salida; mi manera de ser, diferente pero próxima a la tuya, denunciando con mi palabra los valores sociales sin médula ni sustancia, cantando a lo sencillo, austero y natural, con absoluto desprecio a la ambición desbocada, a la lucha competitiva y cruel, casi siempre llena de maquiavelismo y bajezas; mi amor a eso tan pasado y bobo como son la elegancia espiritual y los sentimientos limpios...; todo ello, que tú y yo practicamos, supone un desosiego molesto para la gente, por cuanto choca con sus hábitos y trastorna sus ideas. Y, entonces, para evitarse la complicación de analizar y comparar, con el fin de encontrar la verdad y lo auténtico, nos califican de chalados, de locos, y con ello adormecen la inteligencia, si la tiene, y la conciencia, se les funciona... Pura hipocresía... Por

tu gesto adivino que te desagrada una visión tan pesimista y negativa. Puede, desde luego, que existan personas merecedoras de mejor trato...

-Creo que tampoco se puede ir por la vida soltando, sin más, nuestras opiniones, ni imponiendo nuestras creencias.

- Seguramente tienes razón. Pero razón pragmática, no poética, que es razón superior. La convivencia, cierto, obliga a la hipocresía. Como en la extraña situación provocada por Puck, no podemos decir cuanto pensamos, el juicio sincero sobre quienes nos rodean; andaríamos a tortazo limpio. Esta hipocresía social, que me resisto a decir que sea buena, pero que, sin duda, resulta útil y, sobre todo, necesaria, permite el juego de intereses contrapuestos sin que, de manera inevitable, se recurra a la violencia. Salvo casos excepcionales de estupidez y vanidad, cada cual sabe, o intuye, lo que de él piensan los amigos, los enemigos y cuantos le conocen o tratan. Pero la sonrisa afable, el modo cortés, impiden la explosiva reacción como respuesta. Y esto, hay que reconocerlo, no es malo y tiene efectos positivos. Pero tampoco, desde mi visión de poeta y filósofo de vocación, puedo considerarlo como bueno. Lo deseable es que nadie fuera capaz, no ya de cometer actos nocivos o hirientes para otros, sino ni tan siquiera de tener un mal pensamiento, el más leve recelo, el mínimo conato de envidia, escondidos en su interior...

XXX
VALOR Y PRESENCIA DE LOS AUSENTES

En recuerdo del abuelo Pepe

La experiencia, formada por larga serie de fracasos, desengaños, breves gozos y escasos aciertos, acaba por hacernos comprender que pocas cosas tienen importancia real. Nuestra dura mollera necesita de golpes continuos, de constante mazazos, para llegar a tan clara evidencia. Y cuando, por fin, aprendemos la lección, resulta que ya no nos sirve, que no podemos retornar al pasado, al momento preciso y previo que permita no cometer el error o reconocer donde se hallan los valores auténticos.

Es por eso que, a considerable altura de la vida, cuando ya en el horizonte se otea un posible final, pretendemos recordar solo los instantes felices y todo aquello que, de verdad, era importante, hermoso y poseía validez y calidad imperecederas. Como la amistad, como el amor.

-En ocasiones -dice el vagabundo al amigo-, uno tiene la sensación de ser un trasto inútil, incómodo, discordante e innecesario.

-Todos somos necesarios -afirma el poeta-; si algo existe, no ya inútil, sino pernicioso, es la maldad, el egoísmo, la estupidez. Otra cosa es que en su curso la vida nos vaya quitando protagonismo, dejándonos en la orilla como espectadores; como espectadores y como espectáculo, en el que han de fijarse y del que deben aprender quienes navegan ahora en sus inquietas aguas. La memoria histórica es fuente de sabiduría si acertamos a interpretarla y tenemos la valentía

de no caer en las mismas equivocaciones.

-Me cuesta trabajo pensar que un viejo como yo sea útil. Más bien me considero estorbo- replica.

-Por lo pronto, tu amistad es necesaria para mí y para Carmencita. Ambos queremos tu presencia cálida y buena; como queremos, aunque ya sea imposible, la de tantos amigos ausente, cuyo recuerdos emocionado perdura y nos hace, en cierta forma, compañía en las horas de desánimo y de soledad. Yo jamás olvidaré a mi padre, pese a la distancia temporal y al imposible contacto físico. Pero en mi mente y en mi corazón, él vive y me aconseja y me guía y me consuela. Lo veo aún, con su pelo canoso, gruesas gafas y la eterna sonrisa en los labios; escucho sus palabras cariñosas, cargadas de humor sano y certeros juicios; contemplo el pícaro brillo de sus ojos, capaces de penetrar en mí y descubrir mis más ocultos pensamientos... Yo sería otro sin él y sin su permanencia en la memoria. Fíjate, pues, si todos somos necesarios, incluso después de desaparecidos. Nada valen los pequeños afanes, las mil futilidades que nos queman día a día en absorbente y tonto juego; lo que posee valor sin posible medida, son el amor y la amistad que nos dieron generosas, con liberal esplendidez, otras personas, sin exigir nada. De ahí que, aún cuando se hayan ido, su presencia en nosotros permanezca siempre; sobre todo cuando lo aprendido a fuerza de golpes y desilusiones nos hace valorar, en toda su dimensión, cuanto nos regalaron, sin que en aquel momento nosotros tuviéramos, ni la capacidad para comprenderlo, ni la valentía para agradecerlo.

XXXI
LA ILUSIÓN Y EL DESEO
I

Hacía varias hora que bajó del dormitorio, buscando aire fresco en el extenso patio del caserón. Acomodado en una hamaca renqueante, se entretuvo en contar estrellas, como medio de vencer el insomnio, olvidar el calor y ahuyentar preocupaciones. Pero ni el sueño reparador llegaba, ni el calor desaparecía, ni las preocupaciones le abandonaban.

Trató de concentrarse en el cielo. Las estrellas, con su brillante parpadeo, podían observarse nítidas, en la oscura noche sin luna. En algún momento sintió como le invadía una agradable somnolencia y el sueño estaba próximo; pero entonces sus ojos quedaron fijos en un puntito de luz lejano. Sin saber por qué, le atraía aquel objeto celeste de una manera especial. Lo miró durante largos minutos y ya, cansado, iba a dirigir sus ojos hacia otros lugares, cuando unos extraños cambios de tonalidades le obligaron a renovar sobre él la atención. Siguió observando con curiosidad. De repente, sorprendido, comprobó como se movía; y se movía no en dirección horizontal, sino hacia abajo. Sus dimensiones, poco a poco, aumentaban. Y la sorpresa se transformó en inquietud y la inquietud en pánico, al comprender, con toda evidencia, que se dirigía hacia él. En apenas unos segundos, la pequeña estrella se había transformado en enorme masa refulgente, suspendida sobre su cabeza, a una altura que no sobrepasaría los tres metros.

Paralizado por el miedo, cegado por tanta luminosidad, notó como le

abrían la mano derecha y colocaban en ella algo. Después, una voz sin sonido, percibida por la vista, como un haz de luz, pero inteligible, dijo:

-Alcanzarás todo como sólo apretar y decir: ¡lo quiero!

Inmediatamente, el extraño objeto desapareció. La oscuridad volvió a reinar y las estrellas, arriba, continuaron con sus inconfundibles guiños.

-¡Que pesadilla! -exclamó.

Un fresco vientecillo soplabá ahora. Buscó una postura más cómoda en la dificultosa hamaca, y otra vez los cotidianos problemas e inquietudes le asaltaron. Sin duda era un tipo sin suerte. El fracaso no le perseguía con saña, es que tenía hacia su persona una pasión, constancia y fidelidad a toda prueba. Jamás lo abandonaría, estaba seguro. Y esta certeza le producía una amarga desesperación...

Fue entonces cuando, al cerrar la diestra con furia, en un gesto de protesta contra el destino, notó que tenía un objeto depositado en ella. Era un pequeño cubo de materia parecida al cristal y con dimensiones semejantes a un dado. Recordó la pesadilla. Frío sudor corrió por su frente. Temblaba y no acertaba a desprenderse de la cosa aquella.

Así pasó un buen rato. Ya más sereno, se dirigió al dormitorio y encendió la luz. Examinó el cubo, que parecía de duro plástico. Un tanto perplejo y con cierta esperanza, se preguntó si todo había sido real, si lo que creyó pesadilla había ocurrido y no era producto del sueño o del subconsciente. Repasó, en su memoria, los hechos. Luego, sonriente y dubitativo, se encogió de hombros. Tampoco se perdía nada con probar. Nadie iba a reírse de él porque nadie lo sabía. Pensó que lo más apropiado y tranquilizador, en tal momento, sería un buen güisqui frío.

- ¡Lo quiero!, -dijo apretando con fuerza el cubo.

Sobre la mesita, como en un juego de magia, apareció un fino y delicado vaso, lleno hasta el borde.

Ni el más intenso terremoto, ni la más espantosa catástrofe, le hubieran producido tanto terror...

.....

Aunque, íntimamente, todo el mundo pensaba, envidioso, como la suerte favorecía a aquel imbécil, a él, sin embargo, le asediaban con toda clase de manifestaciones afectuosas o le prodigaban los más encendidos elogios. El donnadie, el fracasado, el antipático, el inútil, el torpe, se había convertido, incomprensiblemente, en hombre importante, rico, poderoso, temido, envidiado...

.....

Desde aquella noche inolvidable, cuando en el patio de la casucha del suburbio, extrañas y desconocidas voluntades le habían entregado el misterioso cubo de cristal, éste había funcionado con eficacia y tal vez con frecuencia excesiva. ¡Lo quiero!... ¡Lo quiero!.. ¡Lo quiero! Y los irrealizables deseos, logrados, y el difícil éxito, conseguido, y las lejanas metas, alcanzadas... Todo era posible, nada escapaba a la fuerza poderosa del talismán... Bueno, casi nada, porque sobre la voluntad ajena, los sentimientos y esos abstractos conceptos como la sabiduría, la bondad, la virtud, carecía de poder e influencia.

.....

Pasaron años. El magnate, el personaje, el todopoderoso financiero, el hombre más envidiado del mundo, fuma un cigarrillo, exclusivamente fabricado para él, tendido en una tumbona situada en la cubierta de su enorme yate. Observa las estrellas de la oscura noche de verano, mientras la nave se desliza sobre un bello mar en calma. Recuerda aquella otra noche ya lejana. Juguetea con el cubito de cristal, que pasa de una a otra mano. Una vaga e incomprensible tristeza, un difuso hastío, le invade. Se da cuenta, por primera vez, que no tiene deseos, que ha perdido las ilusiones. Nada le atrae ni le seduce; todo carece de interés... ¡Es tan fácil conseguirlo!

Con estudiados leves pasos, que cimbrean un cuerpo voluptuosamente perfecto, se acerca la bellísima amigueta de turno, una de esas mujeres que, al verlas en las portadas de las revista o en el cine, el hombre corriente y vulgar piensa que son irreales, pura invención. Lo besa y, al inclinarse, deja entrever unos senos comparables a los cabritillos mellizos que cantara Salomón. Él, con gesto despectivo, la aparta. ¡Es tan fácil comprar caricias!

Se levanta y apoya en la baranda. El mar se confunde con el cielo. La estela espumosa del barco se sumerge en la oscuridad nocturna. La brisa agita sus cabellos y refresca el rostro. Extiende el brazo y lenta, muy lentamente, abre la mano y deja caer el cubo...

II

Con su habitual parsimonia, el poeta comenta con el amigo:

- Lo que se nos da de forma gratuita o graciosa o lo alcanzamos con facilidad, pocas veces consigue el merecido aprecio, ni la valoración justa.

Parece que sólo aquello que nos exige esfuerzos desmesurados, penosos sudores, extremadas inquietudes y largo tiempo de constante lucha, tiene capacidad para seducirnos, para suscitar ilusión, esto es, esperanza sin fundamento racional. Deseamos con vehemencia lo dificultoso, lo que se muestra lejano, inasible, evanescente como un fantasma... Queremos más a nuestros sueños locos que a nuestras realidades, en ocasiones espléndidas. Así de complicado es el corazón humano. Así de complicado y sugestivo, diría yo. Y si no me tomas por demente, así de certero. Porque el valor de algo está en función de su escasez, de las energías derrochadas para conseguirlo.... No importan ni su utilidad ni su naturaleza; lo que le otorga valor es cuanto de nosotros mismo dimos para poseerlo. O el ilusionado anhelo puesto en el empeño, caminando incansables, con los pies destrozados y con el alma herida, aunque no se alcance nunca... Y ocurre, fíjate en la paradoja, que muchas veces es mejor no lograr satisfacer el deseo, porque la ilusión que nos movía desaparece, se deshace, como las multicolores alas de algunas mariposas al aprisionarlas en nuestras manos. Muchos de nuestros sueños, como estas mariposas, para no perder su encanto y belleza, han de estar libres y revoloteando sin cesar, eternamente perseguidos..

XXXII
FILOSOFÍA PARA VIVIR

"Tenemos lo que queremos.."
Cervantes.- *La Gitanilla*

Camino de la feria de un cercano pueblo, vieron un día pasar el ya insólito y anacrónico espectáculo de unos gitanos titiriteros. Iban con su mono, muñecos y perros amaestrados, sobre un deteriorado carromato, que intentaba disimular le vejez con pintura de chillones colores. Entonces, el poeta, les habló de una ejemplar obrita de Cervantes cuya protagonista, una gitanilla, era dechado de gracia, simpatía y discreción. Finalmente, apostilló el relato del argumento así:

- En el acto o ceremonia de la entrega de Preciosa -la gitanilla- al pretendiente, después de un bello discurso, muy próximo al de Don Quijote a los cabreros, y con elocuencia envidiable, el gitano más viejo expone las excelencias, virtudes y milagros de la gitanería y exalta la vida nómada y libre, sin más techo que el cielo abierto y sin más abrigo que las sombras de los árboles y las oquedades de las montañas. Y termina con una afirmación que es todo un tratado de filosofía práctica, si no para conseguir la felicidad, si para que el espíritu se mantenga sereno y alegre: "tenemos lo que queremos, porque nos contentamos con lo que tenemos".

No hay lugar, pensando así, par la amarga renuncia, ni para la frustración corrosiva, ni para el ácido resentimiento que hieren o enferman el alma, endurecen el corazón y envenenan la mente. Cuando sólo se ambiciona lo que

ya se tiene, mal pueden causar daño carencias no deseadas. Es como si con seguros candados y gruesas cadenas impedimos cualquier intento de abrir esa inquietante caja de Pandora que todos llevamos dentro; en su interior quedan encerrados, para siempre, los turbios males allí ocultos..

Ocurre, no obstante, que esta pragmática filosofía no la aceptamos ni asumimos. Ciframos la felicidad en la posesión de lo que se carece, en la búsqueda desesperada y obsesiva de cosas o situaciones que, si resultan gratificantes, no es por su valía intrínseca, sino porque convergen en ellas la codicia de todos aquellos con quienes competimos, a veces de forma innoble.

Séneca, con su estoicismo humanísimo, en uno de esos momentos en que el ánimo intenta desprenderse de ataduras y lastres, para elevarse pro encima de sus propias miserias, piensa: "ninguna cosa de las que tenemos es necesaria: retornemos a la ley de la naturaleza. En nuestra mano está ser ricos; lo que necesitamos o es gratuito o de precio ruin".

Podemos, pues, prescindir de casi todo por innecesario, accesorio o adherido. Vivir, realmente, apenas reclama unos pocos elementos libres o de escaso costo. Son los artificiosos y las necesidades inventadas por las costumbres o la sociedad, los que nos exigen sacrificios, penalidades y luchas en creciente progresión; para luego, al final, cuando comprendemos que hemos gastado nuestro tiempo en banalidades y futilidades, sentir la tristeza de no poder recuperarlo e invertirlo en paladear con deleite ese suceso extraño y emocionante que nos acontece: vivir.

El gitano viejo, sabio como Séneca, tenía razón. No tanto en la alabanza del nomadismo y de su clan; a esta altura histórica, seguirle sería una ingenuidad y una marcha contra el progreso. Pero sí en cuanto a la valoración de lo que de verdad importa para que la vida se desenvuelva con optimismo, alegría y sin la lívida bilis de la envidia, los rencores y el resentimiento.

XXXIII SERES ESPLÉNDIDOS

Al vagabundo le han contado hoy una triste y estremecedora historia; una historia humilde de penalidades, de renunciadas, de amor, ejemplar y poco frecuente en nuestros días. Al referirla a su amigo, en algunos momentos, la voz se le quebraba.

- Afortunadamente -dice éste-, aún existen seres espléndidos que, a los casi misántropos como yo, nos reconcilian con el género humano. Bastan unos hechos como esos para reconfortar nuestra alma y que la confianza semiapagada en los demás, arda con energía renovada. Entre tanta bajeza y egoísmo, entre tanta falacia y egolatría, que surja de repente alguien con capacidad para asumir obligaciones pesadas, abandonar legítimas aspiraciones y otorgar sin compensación un gran cariño, y todo de forma sencilla, natural, callada, es algo que emociona y conmueve. Así debería ocurrir siempre y que tales actos se repitieran de forma habitual, sin que nos sorprendieran, como ahora, por su escasa frecuencia. Cierta personaje de Shakespeare decía que nuestra vida debe ser como una antorcha, capaz de iluminar el camino de los que nos siguen. Mas, para dar luz hay que consumirse en las llamas de la bondad, del desprendimiento, del amor, en suma, hacia otros... No existe otro combustible con propiedades más cálidas, ni que produzca luminosidad tan bella y penetrante.

El mundo padece carencia de seres así. De vez en cuando, entre la vorágine de aquellos que actúan sólo movidos por intenciones oscuras, aparecen personas cuyas acciones, sin proponérselo, son ejemplares y sirven de guía, estímulo y

noble emulación para quiénes no poseen un enérgico concepto del bien. En las tinieblas que, en ocasiones, se sume la vida de cada cual, avistar el faro, el claro indicador del camino recto y firme que aquéllas muestran, es como un tabla de salvación en el más terrible naufragio que pueda ocurrirle a todo hombre: la pérdida de la propia dignidad y estimación. Porque no puede existir estimación ni dignidad, cuando el corazón se halla petrificado y no late, presuroso, ante los semejantes que imploran ayuda o compañía. Por suerte, siguen habiendo seres espléndidos que, con ternura franciscana, nos tienden sus manos cumpliendo, con sencillez, una insustituible misión de ejemplaridad.

XXIV CANTAR

Tienen un especial encanto las callecitas apartadas, estrechas, empinadas de algunos barrios de la ciudad. Recorrerlas, avanzada la noche, iluminadas por la luna, en silencio apenas roto por las pisadas, casi furtivas, del caminante, produce una agradable sensación. Parece otro paisaje, otro mundo, donde el ruido y el bullicio anárquicos han sido desterrados para recuperar el sereno reposo, la tranquilidad. Los edificios, de escasa altura, con limpia blancura de cal, conservan aún cierto sabor típico, pese a los atentados del loco urbanismo.

El paseo nocturno siempre desemboca en alguna plaza, con su fuente o su cruz, o con ambas, a veces deterioradas por la desidia y el mal gusto. Y el murmullo del agua al caer, con su presentido frescor, y la estampa de la cruz, dibujándose, a contraluz, en la brillante circunferencia de la luna, actúan de sedantes del cuerpo y del espíritu cansados... Sólo falta la voz lejana, ronca y viril, de algún enamorado, dirigiéndose a la belleza esquiva, mientras saborea, al cantar, su nombre: Ana María, Araceli...

Cada pueblo tiene una forma peculiar de cantar. El estudioso, a través de ella, puede penetrar en la psicología, en la esencia del alma colectiva. La expresión de los sentimientos de dolor, de alegría, de odio, de amor, posee un cauce reglado. Es como un bien comunal al alcance de todos y que todos pueden utilizar para dar salida, en el momento oportuno, al explosivo contento, al sollozo reprimido, incluso a la pícara anécdota...

El andaluz, individualista, también lo es en su cante. Este rasgo de su

personalidad destaca intenso aquí. Al cantar, pese a la multitud que pueda rodearle, el individuo está solo, viviendo su angustia o su gozo, su esperanza o desconsuelo... Soledad vital, irremediable, dolorida, que la voz quebrada, en su quejido o ronco lamento, trata de romper...

¡Cantar para huir del íntimo desierto!... ¡Cantar para saciar la sed de compañía!... ¡Cantar para olvidar!.



XXXV
LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Durante una temporada el poeta, Carmencita y el vagabundo, formaron un trío inseparable, sorprendente y extraño. Se reunían unas veces en la vivienda del poeta, en una desordenada habitación llena de libros, cuadros y revistas desparramados por todos sitios, o en la humilde casita del vagabundo, semidesnuda de mobiliario y con profusión de desconchones y paredes húmedas, o paseaban por algún lugar apartado y tranquilo.

La niña jugaba, revolvía papeles o corría alegre y traviesa; con frecuencia exigía atención, con esa imperiosa e impertinente energía y pesadez de los pocos años. Entonces, alguno de ellos, le contaba cualquier historia o participaban ambos en sus juegos.

Un día, el vagabundo, ante la insistente demanda de la pequeña, le contó la conocida fábula de la hormiga y la cigarra, mientras descansaban en un rincón del parque. El poeta, cosa rara, escuchó sin interrumpir y sin aderezar con algún comentario la narración. Incluso, durante largo tiempo, permaneció callado, como si estuviese sumido en meditación profunda. Pero, finalmente, salió de su mutismo y, con cierto tono de reproche, dijo:

- La conclusión de la historia responde a un falaz y manipulador planteamiento. Ni a la cigarra puede considerarse como prototipo de la pereza y de la improvisación estúpida, ni a la hormiga como modelo del trabajo ejemplar.

Como respondiendo a la asombrada mirada de sus compañeros, continuó:

- En primer lugar analicemos el elogiado trabajo de la hormiga: Consiste

en la acumulación de medios de subsistencia, con objeto de lograr la mayor reserva posible, quizá excesiva. No realiza, como las abejas, su transformación en algo nuevo y distinto. Las hormigas trabajadoras -casi todas- son una clase estéril, infecunda; unos pequeños monstruos sin capacidad creadora en su labor ni en la vida, para cuya perpetuación dependen de una mimada reina. Su organización social adolece de vicios y defectos muy semejantes a los humanos; incluso practican la esclavitud, forzando a otras menos fuertes a trabajos y tareas en beneficio de las dominantes. ¿Que hay, pues, de ejemplar en ellas?

- ¿Y la cigarra?

- La cigarra hace bien en cantar mientras dura su breve existencia adulta, mientras percibe y siente en sí misma el hecho insólito y emocionante que le acontece: vivir. Y vivir en época de plenitud, de abundancia, cuando se ofrecen espléndidos y jugosos, los frutos gestados durante el frío invierno y en la revuelta primavera... No necesita ser previsor, pues su vida se extingue con el verano. De ahí que haya dicho antes la falacia que supone comparar dos comportamientos que no son comparables, y deducir de ellos una enseñanza interesada. El fabulista se ha dejado llevar por un utilitarismo trasnochado y vacío. El trabajo y el ahorro -piensa- son útiles, necesarios y deseables; el ocio y cualquier otra actividad que no produzca un beneficio material inmediato, algo reprochable. Y no profundiza en las circunstancias de los modelos propuestos; circunstancias que obligan, a cada uno de ellos, a una forma de actuación distinta, tal vez antagónica, pero lógica y natural. Por otra parte, ciñéndome sólo al trabajo, ocurre que el verdadero, para mí, es siempre creador y requiere, con frecuencia, ser realizado, no con mecánico automatismo, sino con amorosa atención, después de un pensar reposado y fecundo: lo contrario de lo que hace la hormiga. Y ocurre, también, que los esfuerzos dedicados a fines sin aparente utilidad, como los del artista, el investigador, el músico, el poeta... son los que nos elevan por encima de nuestra condición animal y nos hacen superiores a las demás especies...

El vagabundo, en este momento, le interrumpe:

- No sigas, opino como tú. Yo también tengo una intensa e insobornable vocación de cigarra.

XXXVI LA CONFERENCIA

Cuando el vagabundo y la niña llegaron a casa del amigo, lo encontraron descompuesto por la indignación. Jamás lo habían visto así. Sus ojos llameaban y de sus labios escapaban sapos y culebras, en forma de palabras duras. Su figura alta, delgada, del tipo asténico -que dicen los psicólogos- desaliñada y enfurecida, recordaba la de aquel inmortal loco manchego desfacedor de entuertos.

Con trabajo consiguieron calmarlo y él, entonces, les explicó la causa. Un grupo de conocidos le había comprometido para pronunciar una conferencia. Así lo creyó, al menos. Ésta tuvo lugar el sábado último, en el Casino. Y con gran sorpresa por su parte, la cosa se desvió, intencionadamente, hacia propaganda política. Sin más, manipularon su personalidad y lo encasillaron en la ideología de los organizadores, unos arcaicos ultraconservadores, incapaces de conservar nada positivo y sí todo lo deleznable de unas ideas, ya sin vigencia ni futuro. Con genio y furor, cuando pensaba hablar de la poesía en la vida cotidiana, se vio obligado a improvisar una dura diatriba contra aquellos que le habían invitado y engañado. La conmoción fue tremenda. Aún permanece, viva, en su memoria:

-Permitidme -dijo en algún momento- que exprese mi protesta por la sarta de estupideces que al presentador se la han ocurrido. Yo soy un poeta, un intelectual, no un ser gregario de manada, dócil para ser conducido. Consciente de mi misión de denuncia de lo feo, de lo injusto, de lo idiota, de lo bajo, de lo ruin, surjan donde surgieren, no puedo adscribirme a ninguna ideología, porque ninguna posee la verdad absoluta, ni las soluciones únicas. Yo, como cualquier

pensador, apoyaré lo menos malo, criticaré lo que crea erróneo y velaré porque se conserve lo que, por su validez permanente, por representar adquisiciones o logros para el mejoramiento del hombre, -del hombre individualizado, singular, uno-, deba permanecer vivo. Ni me arrastran ni seducen los falsos profetas que quieren cambiar el mundo con la fuerza y la sangre, ahogando la libertad y el pensamiento; ni me atraen, tampoco, quienes pretenden frenar su desarrollo, socavar su vitalidad, distorsionar su evolución natural hacia formas más maduras y perfectas. Los unos son unos locos destructores, capaces de hacernos volver a las cavernas, sacrificando para ello, si fuera preciso, las conquistas realizadas en el transcurso de milenios, y olvidando el único medio para unir y lograr la igualdad: el sentimiento fraterno; los otros se han quedado en el feudalismo y, como en aquella época, intentan transformarnos en siervos, en bufones, para su solaz y comodidad, coartando, entorpeciendo el normal y lógico crecimiento social y de las criaturas... Venid a mí si queréis mantener y estimular el espíritu de San Francisco de Asís, la dulzura de San Juan de la Cruz, la genialidad, comprensión y universalismo de Pitágoras, de Aristóteles, de Galileo, de Newton, de Freud, de Einstein...; pero huid de mi furia si sólo buscáis una mísera y pobre superioridad, basada en la ignorancia ajena y en el engaño sobre el resto de los compañeros que, en la presente hora histórica, están embarcados en el mismo breve viaje de nuestra existencia...

-Fuiste algo duro, -comentó el vagabundo.

- También fue duro Jesús con los mercaderes del templo; y Alonso Quijano, en su lucha contra los malvados. Me dirás que las situaciones son distintas. Tal vez. Pero si existe algo que no soporto es la mentira, la manipulación, con fines egoístas. Debo confesar que tengo cierta alergia a los políticos. Comprendo su necesidad en un orden democrático, pero no puedo evitar la sospecha -que deseo infundada- de que, cuando menos, en cada uno de ellos, hay una soterrada vocación de patriarca absolutista indiscutible; y en la comparsa, en los seguidores, o alienación admirativa y boba (una subespecie de fe religiosa) o arribismo interesado. Pero no vale la pena perder el tiempo en el asunto. Os voy leer, si queréis, unos sonetos de Shakespeare y algo, muy escogido, de "*Las flores del mal*", de Baudelaire.

XXXVII PARÁBOLA DE LA CAJITA MÁGICA

A mi niña Mari Carmen.

Llegó la feria. Y cumpliendo lo prometido a la niña, los dos amigos, aún cuando rehuían el bullicio, la llevaron. Carmencita, a quien su madre vistió de gitanilla, con una llamativa falda de lunares rojos, y adornó con pulseras y pendientes de plástico, rebosaba alegría y contento. El vagabundo, dadas las circunstancias, se había colocado su mejor ropa, anticuada pero casi nueva, no sin antes recortar la descuidada barba y lavarse profusamente. Parecía otro. El poeta, con su espigado y quijotesco aspecto, continuaba siendo, con cierta afectación, el más elegante del terceto.

Recorrieron, sin prisas, el recinto ferial, montando a la pequeña en los cochecitos, en el tren fantasma, en la noria, en la voladora, en el carrusel; entraron en la barraca de los espejos, dónde sus figuras se deformaban ridículamente, entre risas y palmoteos de Carmencita; vieron los animales del circo, expuestos a la curiosidad pública: elefantes, leones, tigres, cocodrilos, que asombraron e infundieron temor a la niña; bebieron y comieron en las tascas resguardados, bajo sus frágiles techos de cañas y retamas, del sol inclemente; curiosearon ante puestos heterogéneos, en su mayoría de marroquíes y negros.

Después de varias horas dando vueltas y más vueltas, rodeados de una muchedumbre sudorosa, cubiertos de polvo, sedientos, mareados por el ruido estridente de los altavoces, decidieron marcharse. Pero, al pasar por una caseta

de juguetes, Carmencita se quedó parada, mirando unas cajitas de vistosos colores y arabescos. Un rótulo en el estantería indicaba: "Cajas mágicas de sorpresas"

Como no había manera de moverla de allí, fascinada por el reclamo, le dijeron:

-Escoge la que quieras.

Carmencita, sin dudar, señaló la más suntuosa, decorada y atractiva. Con ella en la mano, temblorosa de emoción, salieron del parque. Ya en un bar del barrio, próximos al ventilador, lejos de la bullanga, descansaron.

Como no se atrevía a romper el encanto de la sorpresa que podía contener la cajita, ambos la incitaron a abrirla. Con sumo cuidado, muy nerviosa, fue desatando cintas, desenvolviendo orillo y, por fin, levantó la tapa. La decepción se dibujó en su rostro. Dirigió la mirada, desilusionada, a sus amigos. Sólo había un simple y feo llavero. Tras unos momentos de perplejidad, los dos hombres soltaron una carcajada. La pequeña, al principio molesta, terminó por reír.

-El suceso -comentó el poeta-, puede ser casi una parábola. Carmencita, como tantos otros seres humanos, se ha dejado influir por la apariencias. Era la caja más bella, la más sugestiva. Parecía lógico que tuviera el mejor regalo. Pero, por desgracia, no suele ocurrir así. El saber popular, adquirido como consecuencia de experiencias desgraciadas y errores sin rectificación posible, lo advierte en su sentencia: "No todo lo que reluce es oro". Escasas veces, añadiría yo. Hay que desconfiar del brillo exterior, de las envolturas vistosas y de las promesas excesivas, sugeridas o expresas; debemos profundizar, hurgar en el interior, para ver si existe sustancia, contenido; y, sobre todo, si éste tiene el suficiente valor como para ceder lo que se nos pide a cambio.

XXXVIII VÍA MUERTA

¡Que aspecto más desolado el de la estación!. El viejo edificio, aunque firme, muestra las heridas del tiempo y del descuido en los desconchones, puertas rotas o tabicadas. Los almacenes conservan sus muelles de piedra y en su interior los muros están llenos de pintadas obscenas y reclamos políticos; el suelo sucio, con cascotes desprendidos, botellas vacías, cristales y basuras, evidencia su esporádica utilización como refugio o escondite. Al lado, la vieja grúa, oxidada, dibuja una extraña interrogación en el espacio.

Desde el andén solitario se observan los rieles oscuros, rectos, paralelos, que se prolongan hasta el horizonte como líneas trazadas con enorme lápiz, sugiriendo un destino lejano, ahora inalcanzable. ¡Que angustiosa sensación produce todo este montaje, inútil ya y sin objeto!.

Hace apenas una treintena de años, en este lugar, se desarrollaba una actividad febril. El correo llegaba repleto de viajeros, apretujados y cargados de maletas de madera; los mercancías, arrastrados por asmáticas máquinas, eran largos, enormes y sus vagones transportaban animales, cajas, minerales, cisternas de aceite... Ha transcurrido menos de dos siglos desde que Trevithik y Andrew Vivian ensayaban la primera locomotora de vapor. El ferrocarril, en el optimista siglo XIX y en los bulliciosos comienzos del actual, vino a ser símbolo del progreso, de la técnica. Los pueblos, las ciudades, acortaban distancias; el comercio adquiría mayor agilidad, las ideas se propagaban con rapidez... Existía una fe alegre e ingenua en el futuro...

Dos catástrofes mundiales, sin contar otras muchas a inferior nivel, han acelerado la perfección técnica y el conocimiento científico. Pero el romanticismo de aquellos momentos inolvidables desapareció; como van desapareciendo muchas líneas ferroviarias, sustituidas por negras y peligrosas carreteras, o por los invisibles caminos aéreos...

El criterio economicista prevalece sobre cualquier otra motivación. Y tal vez sea bueno. Pero al vagabundo y al poeta, que tienen un sentido romántico y poco práctico de la existencia, este abandono del tren, estas vías, ahora muertas, que no conducen a ningún sitio, les producen tristeza, añoranzas, melancolía...

Como muestras vidas -piensan-, se van cubriendo de herrumbre; ahora son, -y nosotros tal vez-, simple testimonio de un pasado que ha perdido validez y utilidad.

XXXIX HASTA LUEGO

Se presiente el término del verano, pese a que los días son espléndidos y el calor no cede. Al vagabundo, madrugador, le apetece un largo paseo, aprovechando la temperatura agradable de la mañana. Por apartadas veredas, por estrechos senderos, poco frecuentados; por entre los olivares, siguiendo las huellas de los tractores y vehículos de labor, camina despacio, tranquilo, deteniéndose en algunos momentos, cortando campo a través en otros, sin prisas, como recreándose. Hay algo de despedida, de adiós inconsciente en el amor con que mira el paisaje.

Cuando el sol comienza a apretar, se dirige hacia la carretera. Por ella emprende el regreso. Recuerda que está citado con el amigo y con la niña, a la que van a obsequiar con motivo de su ingreso en el colegio.

Llevaba unos centenares de metros recorridos, cuando un perro es atropellado por una furgoneta. El animal, que sin duda tiene las patas rotas, lanza ladridos lastimeros. El vagabundo se acerca a él para apartarlo al arcén, con tanta premura y tan poca precaución, que un automóvil, lanzado a toda velocidad, le embiste y lanza a distancia. El conductor, sin detenerse, acelera, cobarde, y lo deja abandonado sobre el asfalto.

Siente un dolor agudo en el pecho y en la cabeza. Hilos de sangre salen por sus oídos y por su boca. La vista se le nubla. Alguien se ha detenido. Escucha una voz chillona que grita:

-¡Vámonos! Si lo recogemos nos causara problemas... Y la tapicería es

nueva...

Le invade un sopor dulce, una agradable sensación de ingravidez... Los ruidos, las voces, se van alejando, perdiendo, difuminando...

.....

El amigo y la niña estaban ya impacientes, dando vueltas y más vueltas en el paseo. Un hombre llegó hasta ellos y, en voz baja, dijo algo al poeta. Éste palideció y, cogiendo a Carmencita de la mano, se dirigieron presurosos a la Casa de Socorro, muy próxima al lugar donde estaban.

Cuando llegaron, sacaban al vagabundo en una camilla, los ojos cerrados, agitada la respiración, la tez blanquecina y lo introducían en una ambulancia. Apenas si pudieron verle. Carmencita, que le había reconocido, comenzó a llorar desconsoladamente, mientras balbucía:

-¡No te vayas! ¡Por favor, no te vayas!...

Alguien, vestido de blanco, con esa normalidad de quien está acostumbrado a tales cosas, comentó:

- Está muy grave. Quizá no llegue al Hospital.

El poeta, tembloroso, pálido, con lágrimas aflorando a los ojos, acariciaba la cabecita de la niña, que seguía llorando y rogando:

-¡No te vayas! ¡No te vayas!

La cogió en sus brazos, la apretó con fuerza y le dijo, con voz ronca, entrecortada:

-¡Vendrá! ¡Vendrá!-. Y para sí musitó: Lo necesitamos; sin él todo sería distinto... ¡Hasta luego, amigo...!

Un apagado sollozo escapó de su garganta, mezclándose con el gemir desesperado de la pequeña. La ambulancia, veloz, se perdió en la carretera.

NARRACIONES